

Selección TERROR

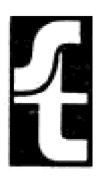
VIAJANDO CON EL DIABLO

Clark Carrados

VIAJANDO CON EL DIABLO

CLARK CARRADOS

Colección
SELECCION TERROR n.° 459
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84 02 02506 4
Depósito legal: B. 32.436-1981
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: diciembre. 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1981

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

454 — La bahía del horror. *Joseph Berna.*
455 — Se vende un asesino. *Clark Chrrados.*
456 — El pavoroso amante de Vivie. *Ralph Barby.*
457 — La muerte es sueño. *Lou Carrigan.*
458 — Los crímenes de la calavera. *Ada Coretti.*


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—Sí, apretando este botón, matase usted a una persona a la que no conoce ni ha visto jamás, ni sabe quién es, qué hace ni dónde vive y, además, gozase usted de absoluta impunidad, y por ese sencillo gesto percibiese la suma de veinticinco mil dólares, ¿se atrevería a hacerlo, señor Tilton?

Gareth Tilton contempló estupefacto al hombre que le había dirigido tan singular pregunta. No lo había visto en su vida, ni siquiera conocía aún su nombre, pero se sentía hondamente impresionado por su presencia física y, más todavía, por la magnética intensidad de su mirada. Los ojos, de negras pupilas, en las que a veces parecían danzar unas chispitas rojas, daban la sensación de mirarle desde una distancia infinita, a pesar de tenerlos a menos de tres metros de distancia.

Al cabo de un rato, bajó la vista hacia el aparato que el hombre había puesto sobre la mesa. A primera vista, parecía una caja de control remoto, para televisores, con la única diferencia de que había tres semiesferas de color blanquecino en la parte superior y un botón rojo hacia el centro. Una pequeña antena, de no más de veinte centímetros de longitud, sobresalía de uno de sus costados. El color de la caja era negro mate y su tamaño no superaba al de un paquete de cigarrillos.

El hombre había aparecido casi mágicamente en su apartamento. Un minuto antes, Tilton estaba solo; al siguiente, allí estaba aquel extraño individuo, vestido correctamente, con gran elegancia, pero sin afectación y con ropas que, pese a su sencilla apariencia, se adivinaban caras y cortadas por un hábil artesano.

—¿Y bien, señor Tilton? —dijo el visitante, al observar que el joven guardaba silencio.

—¿Ha dicho veinticinco mil dólares?

—Justamente, señor Tilton.

Gareth Tilton era joven; no había cumplido aún veintiocho años y, aunque de espíritu independiente y poco dado a ajustarse a convencionalismos, en los últimos tiempos, dados los adversos embates de la fortuna, empezaba a pensar en la conveniencia de encontrar un empleo que le permitiese salir del pozo en que estaba sumido.

Sencillamente, Tilton se encontraba en la ruina. Aunque todavía conservaba su apartamento, agradable símbolo de tiempos más

prósperos y que le parecían ya remotísimos, lo cierto era que su cuenta corriente estaba en números rojos y que todo su capital ascendía en aquellos momentos a un dólar y medio.

—En primer lugar —dijo de pronto—, ¿quién es usted? Ha entrado en mi casa, no sé cómo, y me ofrece veinticinco mil dólares, sólo por apretar el botón de esa cajita…

—Me llamo Paddwohkeeghsie, pero puede llamarme Paddy, simplemente —sonrió el visitante—. ¿Le importa que yo le llame Gareth? Así, la conversación, tendría un tono menos afectado, me parece.

Tilton hizo un gesto de aquiescencia.

—Como quiera, Paddy. Pero explíqueme…

—Ya se lo he dicho. Apretando ese botón, matará a una persona a la cual no conoce ni ha visto jamás y de la que ni siquiera sabe otros datos, ni su residencia actual. Tanto puede vivir a dos manzanas de su casa como estar en los antípodas. Pero si hace lo que le digo, recibirá inmediatamente veinticinco mil dólares.

—Paddy, eso me recuerda un cuento que leí hace muchos años. Alguien propuso a otro hombre una cosa parecida y recibiría la fortuna, si apretaba un botón, con cuya acción moriría un chino desconocido…

—Sí, más o menos es lo mismo —admitió Paddy.

—Usted no me ofrece la fortuna; sólo veinticinco mil «del ala».

—Gareth, con ese dinero usted podrá rehacerse y salir del pozo en que ahora está sumido. Es joven, emprendedor y muy inteligente. ¿No se siente capaz de empezar de nuevo con veinticinco mil dólares?

—¿Está seguro de que, si aprieto el botón, morirá un hombre?

—Absolutamente.

—¿Qué le ha hecho ese individuo?

—Ah, Gareth, permítame que calle el resto. Usted sólo tiene que apretar el botón; lo demás no le interesa en absoluto.

Tilton vaciló. Aquel aparatito, sin duda, enviaría una señal de radio a alguna parte y haría explotar alguna carga de dinamita o pondría en marcha algún mecanismo de ignición…

Paddy sacó un impresionante fajo de billetes y lo puso sobre la mesa.

—Veinticinco mil dólares —anunció—. En el momento en que apriete el botón son suyos.

A pesar de todo, Tilton no acababa de decidirse.

—Le propongo un trato —dijo Paddy—. Saque un billete, cualquiera, elíjalo usted mismo y compruebe si es falso o auténtico. Mañana, a esta misma hora, volveré y le repetiré la petición. Tanto si acepta como si no, esos cien dólares ya son suyos. ¿Le parece bien,

Gareth?

—Sí —aceptó el joven—. Necesito un poco de tiempo para reflexionar.

—Perfectamente. — Paddy esperó a que Tilton hubiese separado un billete y luego se guardó el fajo y el aparato de control—. Hasta mañana, a esta misma hora, Gareth.

De repente, Tilton se quedó solo.

Durante unos minutos, pensó que había sido víctima de una alucinación. Se había quedado dormido y había soñado la visita del desconocido… Pero cuando vio el billete de cien dólares, supo que todo había sido real y no se trataba de una fantasía elaborada por su cerebro durante un breve sueño.

Paddy fue puntual y apareció al día siguiente a la misma hora.

—¿Ha tomado ya una decisión, Gareth?

El joven le miró fijamente.

—He intentado averiguar quién es usted y no lo he conseguido.

Paddy soltó una alegre carcajada.

—Sí, lo sé. Se ha pasado casi las veinticuatro horas investigando acerca de mí, pero no ha encontrado a nadie que me conozca. Aunque, a decir verdad, todos han oído hablar de mí.

—¿Todos? —se sorprendió el joven—. Es la primera vez que yo…

—Vamos, Gareth, dejemos los detalles a un lado. Le hice una proposición y ahora vengo a recoger la respuesta. Si o no, eso es todo.

El fajo de billetes y la caja de control remoto quedaron de nuevo sobre la mesa. Paddy sonreía incitantemente.

—Basta que apriete el botón y el dinero será suyo, Gareth —dijo con acento lleno de insinuaciones—. Un hombre morirá, pero usted no le ha visto, no le ha conocido jamás. Ni siquiera sabrá quién es, porque no tiene la suficiente importancia como para conseguir que su muerte se refleje en los periódicos o en los noticiarios de la televisión. Un ligero toque a ese botón y habrá sentado las bases para su fortuna.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Tilton sacó el billete de cien dólares y lo puso con los restantes.

—Es auténtico —dijo—. Lo comprobé ayer.

—No pensaba engañarle, Gareth —aseguró Paddy.

—Pero no puedo aceptar —añadió el joven con voz que había tomado repentinamente un tono firme y enérgico—. No, de ninguna manera. No aceptaría un solo centavo a cambio de la vida de otro ser humano.

Los ojos de Paddy emitieron un brillo singular.

—Es usted todo un hombre, Gareth —dijo—. Nunca había visto a nadie tan digno de admiración, puede creerme. Hasta ahora, es la primera vez que me encuentro con alguien que rechaza una

proposición semejante.

—¿Se lo ha pedido ya a muchos, Paddy? —saltó Tilton.

Paddy emitió una risita baja, de tonos suaves. Recogió de nuevo el dinero y la caja de control y se puso en pie.

—Le felicito por su entereza —dijo—. Y adiós, porque, seguramente ya no volveremos a vernos, Gareth.

—¡Un momento! —pidió el joven—. Paddy, usted me ha dado un nombre muy extraño, pero yo no creo que sea el suyo auténtico. ¿Cómo se llama, verdaderamente?

—Antes le dije que no me conoce nadie, aunque todos han oído hablar de mí. ¿No le da eso una idea acerca de mi identidad?

Tilton frunció el ceño.

—No… no puede ser… Esas cosas no pasan hoy día…

—Pasan, lo que ocurre es que los interesados no lo divulgan —rió Paddy—. Usted tampoco dirá nada, porque sabe que no le creerían y que podría ser encerrado por loco.

Pero sí, soy el…

—¿Qué pasaría si hiciese la señal de la Cruz?

—¿Piensa acaso que empezaría a lanzar espumarajos de rabia y que escaparía entre truenos y nubes de azufre? He estado infinidad de veces en iglesias y lugares sagrados.

Me cuesta, debo admitirlo, pero lo soporto. No, no me ocurriría nada; hágalo, si le parece. Y ahora, adiós, Gareth.

Tilton no vio que Paddy se moviese, pero se encontró solo repentinamente, sin saber cómo había ocurrido. Luego, de forma inexplicable, se sintió acometido por un sueño invencible y se quedó dormido.

* * *

—Conque era el diablo, ¿eh? Valiente chiflado —rezongó Tilton horas más tarde, mientras paseaba por el parque cercano a su casa, en busca de una solución que le permitiese encontrar algo con que llenar su vacío estómago—. Ese tipo tenía ganas de reírse un rato a mí costa… aunque la verdad es que el billete era legítimo. Me porté demasiado honrada mente con él: debiera habérmelo quedado y…

Un extraño gemido le interrumpió de repente. Miró debajo de un seto y vio un perro de raza rarísima, que parecía muy asustado.

—Te has perdido, ¿eh? —dijo, mientras se ponía en cuclillas y alargaba la mano hacia el animal—. Ven, bonito, ya somos dos los desgraciados en este mundo y podremos consolarnos mutuamente…

El perro tenía collar y en él figuraba la dirección de su dueño. Tilton pensó que lo mejor sería devolvérselo a su propietario. No le disgustaban los animales domésticos, pero en aquel momento era incapaz de mantener siquiera a un canario.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta de una imponente mansión. Una atractiva doncella acudió a recibirle y al ver el perro lanzó un grito de alegría.

—¡Señora, señora, «Kit» está aquí! —anunció a voz en cuello—. Ya lo han encontrado…

Una mujer, de unos cuarenta años, todavía guapa y metida en carnes, apareció como un torbellino y se precipitó sobre el ridículo can, amenazando con comérselo a besos, mientras murmuraba absurdas frases de cariño. Al ver aquella escena, Tilton pensó que Paddy debiera visitarle de nuevo, con su famosa cajita de control. «¡Apretaría el botón gratis!», se dijo.

—Celebro haberle devuelto el perro, señora —dijo. Y se dispuso a marcharse, pero ella le detuvo con un ademen.

—Perdone, amigo —sonrió—, pero había puesto un anuncio en un periódico, ofreciendo una recompensa por la devolución de mi perrito. Venga a mí despacho, se lo ruego. María, por favor, ¿quiere ocuparse de «Kit»?

—Está bien, señora —contestó la doncella.

La dueña de la casa echó a andar y cruzó el lujoso vestíbulo. Abrió la puerta de un gabinete privado, se dirigió a un escritorio que tenía al menos ciento cincuenta años, abrió un cajón y sacó unos cuantos billetes, que puso en la mano del asombrado joven. —Tome usted, amigo mío —dijo—. No está bien que se diga que Mabel Wardstein es una mujer desagradecida.

—Pero, señora… Esto es demasiado… —Tilton tenía en la mano siete u ocho billetes de cien dólares—. Yo me encontré al perro por casualid…

—Nada, nada, no se hable más —cortó ella—. Acepte esa pequeña muestra de mi gratitud, amigo mío.

—Si tanto insiste… Gracias, señora Wardstein

Tilton dio media vuelta y se dispuso a abandonar la mansión. Había dado apenas un par de pasos, cuando oyó la voz de Mabel:

—Aguarde un momento, por favor.

El joven se volvió. Mabel se había puesto unos lentes y le contemplaba críticamente. Tilton se dio cuenta de que su aspecto no le favorecía en absoluto; las ropas estaban ya muy usadas y llevaba una barba de varios días. «Debo de parecer un mendigo», pensó.

—Señor… ¿cómo dijo que se llamaba? —preguntó Mabel.

—Tilton, señora, Gareth Tilton.

—Muy bien., señor Tilton. Aunque le parezca una excéntrica chiflada por un can repugnante, sé conocer a la gente con bastante facilidad y en estos momentos puedo darme cuenta de que sus finanzas no son precisamente una maravilla de prosperidad.

¿Mc equivoco?

Tilton sonrió de mala manera.

—«Kit» se habría muerto de hambre si hubiese esperado que yo le comprase algo de comer — dijo.

—Sí, algo de eso me imaginaba. Está sin trabajo, ¿verdad?

—En efecto, señora Wardstein.

—Señor Tilton… Mejor Gareth, si no tiene inconveniente…

—Ninguno, señora —accedió el joven cortésmente.

—Muy bien, Gareth. ¿Le gustaría ganarse dos mil quinientos dólares?

«Es la décima parte de lo que me ofrecía Paddy, pero si esta mujer no me pide que asesine a nadie, aceptaré», pensó él rápidamente.

—¿Por qué no? — sonrió.

Mabel se volvió, abrió el escritorio, sacó una carta y se la mostró a Tilton.

—Sólo se trata de llevar esta carta a la dirección que en ella se indica y cerciorarse de que la recibe la persona a quien va destinada —dijo—. Contiene unos datos muy importantes y no me atrevo a enviarla por correo, pero, ya lo dije antes, me precio de conocer muy pronto a la gente y sé que puedo confiar en usted.

—Bien, si sólo se trata de eso…

—Para evitar confusiones, le daré una fotografía del destinatario. Sin embargo, me parece que deberá… ponerse un poco más presentable…

—Me compraré ropa, señora —dijo Tilton.

—De acuerdo. ¿Tiene coche?

El joven meneó la cabeza tristemente. Mabel dijo:

—Venga mañana, sobre las diez, y le dejaré uno de los míos, con una nota para evitar problemas y que algún policía demasiado meticuloso pudiera creer que me lo ha robado. ¿Le parece bien?

—Sí, señora.

—El viaje será un poco largo, unos cuatrocientos kilómetros. Cuando haya entregado la carta, vendrá a decírmelo, Gareth. ¿Está conforme?

—Absolutamente conforme, señora Wardstein —respondió el joven.

Capítulo II

Entró en su apartamento, cargado con un montón de paquetes, y después de dejarlos a un lado, fue a la cocina y encendió el fuego, situando encima una cafetera llena de agua. Luego puso en el frigorífico los alimentos que había comprado y, mientras se hacía el café, fue al baño y se dio una ducha.,

Al terminar, se afeitó. Salió del baño, silbando una alegre cancioncilla. Llenó una taza, añadió una cucharada de azúcar, lo removió con una cucharilla y tomó unos sorbos de la infusión. Sentíase alegre y satisfecho. Se había gastado casi todo el dinero que Mabel le había dado por haber encontrado a su ridículo perrito, pero le esperaban dos mil quinientos dólares por el sencillo trabajo de entregar una carta.

En total, diez horas de viaje en automóvil, más o menos.

Ningún funcionario de Correos cobraba tanto como él, se dijo alegremente.

Luego se preparó una sustanciosa cena. Fregó los cacharros, vio un rato la televisión y, al final, se fue pronto a la cama, porque al día siguiente tenía que madrugar y quería encontrarse en buena forma.

Cerró los ojos. De repente, unos seres monstruosos se arrojaron sobre él y, alzándolo en volandas, lo llevaban velozmente a un tétrico subterráneo, alumbrado por numerosas antorchas, sujetas a los muros de piedra, en cuyo centro ardía un gran fuego.

Aquellos horribles seres vestían ropajes de color rojo y amarillo, como las mismas llamas que brotaban de la hoguera central. Aunque tenían forma humana, no parecían hombres en modo alguno. Las manos eran horrendas garras, terminadas en larguísimas uñas y, al hablar, enseñaban unos colmillos de aspecto pavoroso.

Mientras se movían enloquecidamente aquí y allá, cantaban una monótona melopea, cuyas palabras pudo entender Tilton poco más tarde:

—No llevará la carta, no llevará la carta… —decían unos.

—¿Por qué, por qué, por qué? —preguntaban otros.

—Porque le cortaremos la cabeza, la cabeza, la cabeza…

—Mejor asarle, asarle, asarle…

—O freírle en aceite hirviendo, hirviendo, hirviendo…

Tilton quería gritar, pero la voz no salía de sus labios. Los seres continuaban moviéndose, lanzándolo de unos a otros, como si fuese

una pelota, mientras reían y cantaban demoníacamente.

—No llevará la carta, la carta, la carta…

De repente, una voz tonante acalló el griterío:

—¡Basta! Ha llegado la hora del juicio contra el osado que se atrevió a llevar la carta al profesor Igorov. Señores del jurado, ¿cuál es su veredicto? —Culpable, culpable, culpable… —cantaron los monstruos.

—Entonces, ejecutemos la sentencia —dijo el que parecía el juez y que resultaba invisible para Tilton—. ¡A la guillotina con él!

Se oyó un aullido atronador. Tilton quiso protestar, pero era una pluma en manos de aquellos diabólicos individuos. De pronto, vio la horrible estructura de la guillotina alzándose ante sus ojos.

Las manos que eran garras le tendieron sobre la tabla y le ataron con pasmosa celeridad. Luego bajaron la media luna sobre su cuello. Y entonces, Tilton se dio cuenta de un espantoso detalle.

Estaba tendido boca arriba, de modo que podía ver perfectamente la afilada hoja de la guillotina, a unos tres metros de altura. Los condenados a un suplicio semejante eran acostados boca abajo, a fin de que no vieran caer la fatídica segur. Pero a él no querían ahorrarle siquiera aquel suplicio.

—No llevará la carta, la carta, la carta… —canturreó la asamblea, mientras bailaban a su alrededor, con las garras entrelazadas.

—¡Que se cumpla la sentencia! —bramó el juez.

Uno de los monstruos tocó el resorte de la guillotina y la hoja empezó a caer. Pero ante la extrañeza de Tilton, la caída de la hoja cortante no fue veloz, sino que descendía muy lentamente, parándose, incluso, en ocasiones, como si siguiera el ritmo de la melodía que entonaban aquellos horribles seres. Sin embargo, el fin estaba próximo y Tilton vio el inexorable acercamiento del filo acerado a su garganta.

—¡No llevarás la carta al profesor Igorov! —tronó alguien.

Y, en el mismo instante, la guillotina empezó a cortarle el cuello.

Tilton sintió un agudísimo dolor y emitió un fuerte grito. De repente, todo desapareció ante sus ojos y se encontró sentado en la cama, empapado en sudor y con la mano derecha en la garganta.

El corazón le latía alborotadamente. Al cabo de unos segundos, consiguió tranquilizarse.

—Dios mío, todo ha sido una pesadilla… —murmuró. Tenía la boca reseca y se levantó para beber agua. De pronto, notó un extraño olor en la habitación.

Era un olor dulzón, agradable y repulsivo a un tiempo, pero resultaba completamente nuevo para él. Jamás había percibido nada semejante.

Miró a su alrededor. Sobre la mesilla de noche tenía un cenicero de

metal, en el que había una cosa negruzca, de la que se desprendía todavía una apenas perceptible columna de humo. Tilton estaba absolutamente seguro de no haber fumado en la cama, al irse a dormir, con lo que la deducción resultaba enteramente lógica.

Alguien había entrado en la casa y, colocando en el cenicero aquella extraña sustancia, le había prendido luego fuego. El humo, un alucinógeno, sin duda, era el causante de la horrenda pesadilla que tanto le había asustado.

Se preguntó quién podría haberlo hecho, aunque no encontraba una respuesta medianamente aceptable. De todas formas, alguien había tratado de hacerle daño, pero, ¿por qué?

Inquieto y desazonado, se limpió el sudor de la cara y cuello con una toalla, bebió unos sorbos de agua y luego abrió las-ventanas, para que se ventilase el dormitorio. Finalmente, volvió a acostarse y, aunque le costó, consiguió volver a dormirse.

* * *

Estaba ya listo y se contempló al espejo, satisfecho de su nuevo aspecto. Ahora parecía un hombre completamente distinto del de la víspera. Ropas nuevas, cara afeitada y estómago lleno le habían transformado casi radicalmente.

—Sólo me falta el sombrero de paja y un bastoncillo y salir silbando… —rió, complacido, mientras se encaminaba a la puerta.

Abrió y un sonrosado dedo índice estuvo a punto de clavársele en el ojo derecho.

Sorprendido, Tilton dio un respingo y saltó hacia atrás.

—¿Eh, qué es esto? —protestó.

—Dispense —dijo la chica que estaba en el umbral, ruborizada hasta las orejas—. Iba a llamar, justamente, cuando usted abría…

—Por poco me saca un ojo —gruñó él—. Señorita, si viene a vender algo o quiere endosarme un sermón sobre la perniciosa influencia del alcohol, está perdiendo el tiempo. Precisamente, en este mismo momento, me disponía a salir de viaje…

—¿Es usted Gareth Tilton? —preguntó ella.

—Sí, en efecto. ¿Qué quiere usted? Puedo concederle un minuto, pero no más…

—Soy Shera Brenn. Señor Tilton, no viaje a Artmore.

El joven respingó y miró durante unos instantes a la chica que tenía frente a sí. Era de mediana estatura, muy bien constituida, pelo bronceado y ojos muy claros. No era excepcionalmente bella, pero sí resultaba sumamente atractiva, debido a la apariencia de vitalidad y frescura juveniles que se desprendían como un aura de su figura. —

¿Artmore? —repitió—. Jamás he oído ese nombre… —A usted le van a pagar dos mil quinientos dólares por llevar una carta a esa población. No lo haga —insistió Shera.

Tilton frunció el ceño.

—Señorita, Brenn, yo no le doy consejos a usted sobre sus actividades y me da lo mismo que se dedique a cantar desnuda en una discoteca o que prefiera trabajar picando piedra en una cantera. Haga lo que mejor le parezca… y deje que yo me desenvuelva a mí aíre. ¿Está claro?

Alargó el brazo, apartó a la muchacha y salió de la casa. Shera gritó:

—¡No, no vaya! ¡Correrá graves peligros si accede…! Tilton se volvió, ya en la acera y la miró con ojos furiosos. —Guárdese sus consejos, señorita —contestó de mal talante.

Y echó a andar, sin volver la cabeza una sola vez. Sentíase muy irritado. ¿Por qué había de querer Shera que no hiciese el viaje a Artmore?

Y, además, ¿cómo lo sabía? ¿Quién se lo había dicho? Sus preocupaciones no habían acabado aún cuando llegó a la residencia de Mabel. Ella le recibió en persona y le dio la carta y el dinero.

—Entréguela hoy mismo —dijo—. No se apresure, pero tampoco se descuide. Me conformo con que esté mañana de vuelta… a la hora de la cena, por ejemplo. Tilton estudió unos instantes el rostro de Mabel. Una mujer guapa, atractiva, libre, con dinero… Quizá buscaba un amante joven que calmase sus insatisfacciones. No le gustaba el papel, aunque, por una vez, se dijo…

—Hoy mismo entregaré la carta —prometió solemnemente.

—Muy bien, María le acompañará al garaje y le indicará el coche que debe utilizar. La nota que le dije está con el dinero, Gareth.

El joven asintió. Guardó en un bolsillo el sobre que contenía su recompensa. El otro era mucho mayor y más abultado y tenía que llevarlo forzosamente en la mano.

Mabel le tendió la suya y apretó suave, cálidamente.

—Recuerde, Gareth: mañana, a la hora de la cena.

—Sí, señora.

Cuando se sentó tras el volante, Tilton dejó el sobre en el asiento contiguo. Dio vuelta a la llave de contacto y, mientras el motor se ponía en marcha, echó una mirada al anverso del sobre.

Había una dirección escrita:

PROF. H. K. IGOROV
Hyrall Cottage
ARTMORE

* * *

Eran las tres de la tarde cuando divisó a lo lejos el caserío de Artmore y todavía no había podido quitarse de la cabeza el sueño tan extraordinario que había tenido la noche pasada y en el que había oído mencionar por primera vez al profesor Igorov.

Recordó que Mabel le había enseñado el sobre la víspera. Quizá había leído la dirección, sin reparar momentáneamente en ello, pero luego el nombre de Igorov se había grabado en su subconsciente, aflorando después durante la pesadilla. No cabía otra explicación.

¿Y Shera? ¿Cómo sabía que tenía que viajar a Artmore?

—Demasiados enigmas —meneó la cabeza—. Lo único importante es que tengo dos mil quinientos «pavos» en el bolsillo y que mis problemas económicos están resueltos por ahora.

A un par de kilómetros de la ciudad, divisó una desviación, en la que se veía un cartel indicador, con un nombre: HYRALL COTTAGE. La flecha no permitía errores.

El camino era de tierra batida, pero sin baches, y corría entre un espeso muro de verdor, que no permitía ver lo que había a ambos lados del mismo. Era también muy angosto y se preguntó qué pasaría si viese venir otro coche en dirección opuesta.

Era, también, una ruta que serpenteaba por la ladera de una colina de suaves pendientes, cubierta casi por completo de vegetación, un país muy hermoso en el buen tiempo e incluso en el otoño, pero que, en pleno invierno, resultaría inhóspito y desagradable. Así, sumido en sus reflexiones, Tilton rodaba a moderada velocidad, cuando, de pronto, al salir de una curva, divisó un coche que le cerraba el paso.

Frenó. Alguien se apeó del otro coche y corrió hacia él con una pistola en la mano,

—¡Saiga de ahí, señor Tilton! —gritó Shera—. ¡Si hace un solo movimiento, le pegaré un tiro!

Capítulo III

El joven apretó los labios. Durante unos segundos, miró colérico a Shera, pero luego, obedeciendo la intimidación, abrió la portezuela y se apeó con las manos en alto.

—Está bien —dijo ella—. Apártese media docena de pasos.

—Pero, Shera, ¿qué diablos pretende…?

—¡Obedezca!

Tilton se encogió de hombros.

—Estás chiflada —rezongó.

Contó seis pasos y se detuvo. Sin perderle de vista, Shera dio la vuelta al coche, abrió la otra puerta y se apoderó del sobre.

—No me diga que estoy cometiendo un delito postal, porque usted no pertenece a Correos —rió la muchacha.

Shera vestía un chaleco de cuero, camisa y pantalones. Con la mano izquierda, sacó un encendedor y arrimó la llama a una de las esquinas del sobre.

—Lo siento, pero es necesario —añadió.

La muchacha mantuvo en alto el sobre, hasta que le fue imposible sostenerlo. Luego lo dejó en el suelo y estuvo contemplándolo hasta que las llamas lo hubieron devorado por completo. Al terminar, pateó las cenizas y se metió la pistola en la pretina de sus pantalones.

—Bueno, ya está —suspiró—. Gareth, lo siento, pero no podía permitir que ese sobre llegase a poder de su destinatario.

—¿Era tan dañino lo que contenía? —preguntó él.

—Eso no te importa en absoluto. Ahora, si quieres, puedes seguir hasta el Cottage o volverte a la ciudad, como prefieras.

Impasible, Tilton sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Luego se palpó el cuerpo.

—No tengo fuego —dijo—. ¿Quieres darme…?

Shera se acercó, con el encendedor en la mano. Tilton se inclinó un poco. De repente, alargó la mano derecha y se apoderó del revólver.

Ella gritó.

—Pero, ¿qué haces…?

—Arrancarte los colmillos, guapa. —Tilton puso la boca del arma en la frente de la muchacha—. Aparta tu coche del camino —ordenó.

Shera se mordió los labios. Luego, sin decir una sola palabra, giró en redondo, se acercó a su coche y maniobró para permitir que Tilton pudiera pasar con el suyo. A continuación, el joven apuntó

cuidadosamente y reventó de un tiro el neumático delantero izquierdo.

—Así no podrás seguirme —dijo.

Subió a su coche y lo puso nuevamente en marcha. Entonces, sonriendo burlonamente, se inclinó, hurgó debajo de una esterilla y sacó un sobre, que enseñó a la muchacha, situada a un metro escaso de distancia, dada la posición de los vehículos.

—No sé qué fue, tal vez el instinto o un presentimiento… Pero me pareció que convenía comprar otro sobre y llenarlo de recortes de periódicos. Así lo hice y después escribí la dirección del profesor Igorov. Ese sobre es el que tú has quemado, guapa.

Ella tenía la boca abierta, pero también los ojos llenos de lágrimas producidas por la rabia y la frustración que sentía en aquellos momentos. Tilton soltó una estentórea carcajada y pisó el acelerador a fondo.

Cinco minutos después y tres kilómetros más adelante, un hombre se descolgó bruscamente de la rama de un árbol que sobresalía sobre el camino y Tilton tuvo que frenar a fondo para evitar atropellarlo. Cuando el coche se detuvo, el morro rozaba ya el costado del sujeto.

* * *

Furioso, Tilton se asomó por la ventanilla y apostrofó rudamente al individuo.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Es que se cree Tarzán en la selva? —gritó —. Si le gusta moverse por las ramas de los árboles, ¿por qué no se baja luego como las personas decentes y no como los monos?

El hombre le miró benignamente, sin sentirse enojado por la violenta andanada que le había lanzado Tilton, una lógica reacción sufrida después del susto que se había llevado. Era un tipo de unos cuarenta años, vestido con ropas holgadas y bastante usadas, y barba de un par de semanas. Pendientes del cuello por una correa llevaba un par de prismáticos.

—Lo siento, amigo, no le vi venir —dijo—. Lamento haberle molestado, pero, créame, no era mi intención…

—Está bien, está bien, apártese —rezongó Tilton—.

—¿Va usted a la Casa de las Tres Arañas?

El joven respingó.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—En el pueblo la llamamos así, por las tres mujeres que viven en ella —repuso el sujeto—. Dicen que devoran a los hombres, pero… hay mucho de habladuría en esos cuentos, ¿sabe? Por cierto, soy Jake Liggs. Algunos me llaman «El Guapo». En tiempos, yo era un tipo

atractivo de veras; tenía a las mujeres a montones y…

—Señor Liggs, gracias por sus informes, pero necesito llegar a Hyrall Cottage —dijo el joven pacientemente—. Es decir, si voy por el buen camino.

—Naturalmente —contestó Liggs—, Está ya sólo a medio kilómetro de la Casa de las Tres Arañas. No hay otro camino, así que no puede perderse.

Tilton lanzó una mirada a los prismáticos que pendían del Cuello del sujeto.

—Señor Liggs…

—Jake, por favor…

—Bien, Jake, apostaría a que esas tres mujeres son muy hermosas, ¿no es así?

Liggs soltó una risita.

—Guapas de veras —contestó—, Pero dice que tienen la mala costumbre de devorar a la gente… sobre todo, si se trata de hombres jóvenes y bien parecidos.

—A usted le gustaría dejarse devorar por ellas, ¿verdad? —dijo Tilton con sorna. Levantó el pie del freno y presionó el acelerador—, Gracias por todo. Jake.

Tilton meneó la cabeza mientras el coche adquiría velocidad. Ahora ya no le cabía duda de los motivos de la presen da de Liggs en aquellos parajes. Los prismáticos indicaban sus aficiones bien a las claras. Seguramente, desde lo alto de aquel árbol se podía ver el Cottage y…

Acometió la siguiente curva y dejó de pensar en el sujeto. Liggs estaba aún en el mismo sitio, tras haberse apartado a un lado para permitir el paso del automóvil. Cuando lo vio desaparecer por la curva, se dispuso a abandonar aquel lugar.

En el mismo instante, algo delgado se enroscó en su cuello.

Liggs supo en el acto que era un fino cable de acero, de no más de un milímetro de grueso. Levantó las manos, pero no pudo hacer ya nada. El hombre que sostenía los dos extremos del cable dio un fortísimo tirón.

Liggs se arrodilló, moviéndose convulsivamente. Por un instante, su atacante aflojó la presión, pero fue sólo para repetir el gesto. El segundo tirón hizo que el cable se hundiese profundamente en la garganta. Cuando la tráquea quedó seccionada, la muerte se produjo en forma casi instantánea.

Las manos de Liggs cayeron lacias a los costados. Ya no se enteró siquiera de que era arrastrado hasta la espesura cercana.

Sobre el polvo del camino habían quedado algunas manchas de sangre. El atacante salió y, con la ayuda de una rama, borró

cuidadosamente toda huella del encuentro.

* * *

Hyrall Cottage apareció de súbito a los ojos del joven. Hizo que el coche describiese una pequeña curva y lo detuvo a la entrada principal.

La casa era grande, de bonita apariencia, con planta baja primer piso y ático bajo el tejado de pizarra, a dos aguas y con una gran inclinación. En el ala izquierda del edificio se veía planta octogonal y rematada por unas falsas almenas La torre superaba en altura al conjunto y lo dominaba con su pesada estructura.

No había ninguna persona a la vista. Tilton se apeó, con el sobre en la mano, y avanzó hacia la puerta.

Debía de haber perros, se dijo, pero no oyó ningún ladrido. La puerta era de recios paneles de madera, reforzada con herrajes. Había un llamador de hierro y lo usó para golpear y dar a conocer su presencia.

Pero nadie contestó a su llamada. La repitió y percibido claramente el retumbar de los golpes en el interior de la casa. Entonces se percató de que la puerta no estaba cerrada por completo.

Empujó un poco y alargó el cuello.

—¡Eh! ¿No hay nadie? —gritó.

No obtuvo respuesta. Terminó de abrir, cruzó el umbral y se encontró en un amplio vestíbulo, del que partía una escalera que conducía al primer piso.

La escalera era de dos tramos y se dividía a la mitad del trayecto en otras tantas ramas, de modo que formaba una especie de «Y». Frente a la entrada y debajo de ambos tramos de escalera, se divisaban dos puertas que, sin duda, conducían a estancias de servicio.

A derecha e izquierda había otras dos puertas. Todas estaban cerradas y nadie daba señales de vida.

—¡Eh, oigan! —gritó—. ¿Dónde están?

Empezó a ponerse nervioso.

—Esto no me gusta nada —rezongó—. Si la gente sigue callada, lo mejor será dejar el sobre en lugar visible y largarse.

Pero apenas concebida la idea, pensó en Shera y se dijo que la muchacha podía volver y apoderarse del sobre. No, tenía que entregárselo personalmente a su destinatario, el profesor Igorov.

Poniéndose el sobre bajo el brazo, batió palmas vigorosa mente para llamar la atención de los moradores de la casa, a la vez que volvía a gritar. Al cabo de unos momentos, se cansó del juego.

Entonces vio un butacón y decidió sentarse a esperar.

—Alguien aparecerá un rato u otro —rezongó.

Después de sentarse, sacó tabaco y encendió un cigarrillo. Buscó con la mirada, pero no vio nada para beber. ¿Era que no había siquiera una persona en la servidumbre? De buena gana, habría tomado un poco de café, pero no veía nadie a quien pedírselo.

Había consumido ya la mitad del cigarrillo cuando, de pronto, oyó un terrible grito en el primer piso.

—¡«Plutón», deja eso! ¡Déjalo, maldito seas…! ¿No me has oído, «Plutón», maldito gato?

Tilton levantó la mirada instintivamente. Un enorme gato negro apareció ante sus ojos, descendiendo la escalera a toda velocidad. Llevaba algo en la boca y un hombre lo perseguía furiosamente, a la vez que lanzaba atroces invectivas.

El gato era algo enorme. Tilton no había visto jamás, en su especie, un animal tan grande. Llevaba algo en la boca, una cosa blanquecina y, en el primer momento, no pudo ver claramente de qué se trataba.

El hombre que lo perseguía era alto, flaco, con la cabeza pelada por la parte superior y los pelos flotantes a ambos lados, ya casi blancos. Tenía la nariz ganchuda y sobre ella cabalgaban unas gafas con cristales de culo de vaso.

El gato dio un salto y alcanzó el suelo del vestíbulo. Entonces, seguramente debido a algún movimiento errado, la cosa que llevaba sujeta con los colmillos se le cayó y rodó por el suelo.

El hombre le arrojó algo desde arriba y el gato, lanzando un bufido de cólera huyó. Tilton empezó a ponerse en pie, con |os ojos morbosamente fijos en lo que había dejado caer el gato.

—Dios mío, ¿le alimentan con carne humana?

Porque la presa que el felino habla perdido era una mano humana, limpiamente seccionada a la altura de la muñeca. Y ello debía de haber ocurrido horas antes, porque ya no brotaba la menor gota de sangre de la zona de amputación.

Todavía estaba mirando la mano, cuando llegó el hombre, se agachó, la recogió y se incorporó con la sonrisa en los labios.

—Dispense, amigo —dijo—, «Plutón» es un animal muy bueno, pero también irremediablemente travieso… Estaba trabajando en mi laboratorio y me quitó esto… Oiga, a usted no le he visto nunca. ¿Qué hace aquí?

El joven tragó saliva.

—Me llamo Tilton y estoy buscando al profesor Igorov. Traigo una carta para él, de la señora Wardstein…

—¡Hombre, haberlo dicho antes! —exclamó el sujeto—. Yo soy Igorov. ¿Cómo está usted, amigo mío?

Aquel estrambótico sujeto movió el brazo, para estrechar la mano

del joven. Tilton, por su parte, hizo un gesto análogo, pero se contuvo cuando sus dedos rozaban ya los de la mano amputada.

Igorov soltó una risita.

—¡Qué distraído soy! —Y se pegó una palmada en la frente con la mano cortada—. Oh, pero… ¿Ve usted, amigo Tilton? Soy un sujeto imposible. Ahora mismo, si arriba no tuviera un cuaderno de apuntes, no sabría por qué tuve que cortar la mano al cadáver. Bueno, pero hablemos de otra cosa, muchacho. Así que me traes una carta de la señora Wardstein.

Tilton creía estar bajo el influjo de una pesadilla y miró con horror al estrambótico sujeto que tenía ante sí.

—E… en efecto, profesor… Aquí la tiene…

—Oh, si, muchas gracias…

De nuevo alargó Igorov la mano cortada. Lanzó una risita y luego emitió un profundo rugido:

—¡Hutt! ¡Ven inmediatamente! ¡Hutt, pedazo de bruto! ¿Dónde te has metido? Tilton creía soñar. Aquello era una casa de locos. No estaría mucho tiempo, por otra parte, se propuso.

El sobre cambió de manos. Igorov soltó una risita.

—Bueno, muchacho, no se vaya a creer que soy un asesino, ¿eh? —dijo—. Esta mano procede del cadáver de un vagabundo, cuya familia no lo reclamó. Entonces, yo solicité el cuerpo a las autoridades de Artmore y…

—¿Llamaba, profesor? —sonó de pronto una voz humana.

Tilton volvió la cabeza, divisó al sujeto y dio un respingo de susto.

Capítulo IV

Era un hombre de más de dos metros de altura, tremendamente voluminoso y de rostro estólido. A Tilton le recordó un tanto «El increíble Hulk», pero en este caso, Hutt como se llamaba el sujeto, no tenía la piel verde y sus ojos, pese a la expresión aparentemente estúpida de sus facciones, denotaban cierta astucia zorruna.

—Sí, te llamaba hace una hora, maldito imbécil —contestó Igorov duramente—. Toma, guarda esto en el refrigerador y vigila bien a «Plutón». Ayer estuvo a punto de comerse uno de los riñones del cuerpo…

La mano voló por los aires. Hutt la atrapó al vuelo sin la menor dificultad.

—Sí, profesor —contestó mansamente.

Hutt, apreció el joven, había entrado por una de las puertas del fondo. Sin duda, estaba trabajando en alguna cosa de maquinaria, porque vio en sus dedos manchas negras, que procedían de una grasa lubricante. Pero su misión allí ya había acabado y no deseaba permanecer ni un minuto más en una casa donde parecía imperar la ausencia de razón.

—Bien, profesor, yo ya he terminado y…

No pudo seguir. Alguien entró bruscamente por la puerta principal y lanzó una irónica exclamación:

—¡Eh! ¿Alguien ha descubierto el modo de viajar en un coche sin ruedas?

Tilton giró casi en redondo y vio a una hermosa mujer, de frondosos cabellos rojizos, que permanecía en el umbral con una mano en la puerta a medio cerrar. Vestía una camisa, remangada hasta más arriba del codo, pantalones bastante ceñidos y botas altas, con tacones de unos seis o siete centímetros. El pecho, de firmes contornos, se marcaba reveladoramente a través del fino tejido de la camisa.

—Sybil, ¿qué estás diciendo? —preguntó Igorov—. Ah, querida… Olvidaba que tengo un visitante… Te presento al señor Tilton, aunque no sé su nombre…

—Gareth —dijo cortésmente el aludido.

—Gareth Tilton, Sybil Zyllon —presentó el estrambótico profesor.

—Hola —saludó ella desenvueltamente—. ¿Es tuyo el coche?

—¿Qué coche? —dijo Tilton.

Sybil señaló con el pulgar hacia afuera.

—Ese. El que no tiene ruedas —contestó.

—Pero…

Tilton emitió un gruñido y se precipitó bruscamente hacia el exterior. Al llegar al umbral, se detuvo como herido por el rayo.

—Dios mío —murmuró, negándose a creer lo que veían sus ojos.

El coche estaba en el suelo, apoyado sobre los tambores de los frenos. Faltaban las cuatro ruedas y no se veía el menor rastro de ninguna de ellas.

Durante unos segundos, se sintió consternado, incapaz de reaccionar. No comprendía en modo alguno qué había pasado allí, ni quién había podido hacer una cosa semejante. —Es tuyo, ¿eh? —dijo Sybil a sus espaldas.

Tilton asintió.

—He oído hablar de la audacia de algunos ladrones, pero, francamente, esto es demasiado —contestó.

—Lo vas a pasar mal, Gareth —dijo ella con desenvoltura—, Nosotros sólo tenemos un coche y no funciona demasiado bien. A decir verdad, no confiamos en él para nada. Cuando lo usamos, es como si emprendiésemos una aventura. Nunca sabemos cuándo llegaremos a destino, ni siquiera si llegaremos…

—Pero… pero las ruedas tienen que estar por alguna parte… —balbuceó el joven.

De pronto, reaccionó y se volvió hacia Igorov.

—Profesor, ¿hay teléfono en la casa? Querría llamar a la policía de Artmore…

—Oh, no se preocupe por eso, amigo mío — contestó Igorov con benigno acento—. Yo me encargaré de informar de lo ocurrido. También les diré que busquen un taller que le traigan cuatro ruedas. Déjelo en mis manos y no se preocupe de más.

Tilton se pasó una mano por la cara.

—El caso es que hubiera querido regresar hoy mismo… Además, el coche no es mío; pertenece a la señora Wardstein.

—¿A Mabel? Entonces no se aflija más, muchacho. A ella no le importará en absoluto. Además, no sé si hoy tendrán listas las cuatro ruedas… Artmore es una población poco importante y cuatro ruedas, quizá, sea demasiado para el único taller que existe…

¿Sybil?

—Dígame, profesor —contestó la joven en el acto.

—¿Qué te parecería si buscásemos alojamiento por esta noche para este joven tan simpático?

Sybil entornó los ojos y contempló críticamente a Tilton.

—Me parecería magnífico —repuso, con una sonrisa llena de malicia.

—Pero… no he venido preparado… Ni siquiera tengo cepillo de dientes…

—Oh, eso no importa. Yo te prestaré uno de los míos. Estoy sana y no padezco enfermedad alguna contagiosa. ¿No es verdad, profesor?

—Para mí quisiera yo tu salud, hija —rió Igorov.

—Y… ni pijama… ni zapatillas…

—Para dormir, usa lo que uso yo —dijo Sybil—, Es decir, la cama.

De pronto, se echó a reír. Tilton la observó. Tenía un cuerpo joven, de firmes carnes, pero no era tan joven como aparentaba. Posiblemente, rondaba los treinta y cinco años.

Repentinamente, antes de que tuviera tiempo de decir nada, entraron dos mujeres más.

Ambas eran rubias, aunque una tenía el pelo casi blanquecino, y también eran muy hermosas y de figura con numerosos atractivos. Entraban riendo alegremente, sin duda a causa de algo que les causaba mucha gracia, pero dejaron de reír al ver a un desconocido.

—¡Caramba! ¿De dónde ha salido este buen mozo?

—¿En qué mercado los compra usted así, profesor?

—Queridas, este atractivo joven no me pertenece —contestó Igorov, en el mismo tono jovial—. Se llama Gareth Tilton y ha venido a traerme una carta muy importante, la que esperábamos desde hacía tiempo. Ah, Gareth, permítame: le presento a Mona Updike e Irene Kluge.

Mona era la rubia con el pelo más oscuro y tendió una mano a Tilton con gesto impulsivo.

—Chócala, buen mozo —exclamó—. La verdad, eres lo que necesitábamos para romper la monotonía de nuestras vidas. ¿No te parece, Irene?

Los ojos de la rubia del pelo pajizo eran negros, muy profundos, de mirada lejana. Hizo un leve gesto con la cabeza y sonrió imperceptiblemente.

—Es un hombre muy guapo —dijo con voz reposada.

—Bueno, no se hable más —exclamó Igorov—. Vosotras, hijitas, os encargaréis de acomodar a nuestro huésped. Yo tengo que continuar mi trabajo. Ese maldito «Plutón» me ha dado uno de sus disgustos… Con su permiso, Gareth…

Igorov se marchó y Tilton se quedó frente a las tres mujeres, que le contemplaban con la sonrisa en los labios. En aquel instante, vinieron a su mente las palabras que había oído a Liggs: «Les llaman las Arañas porque devoran a la gente, especialmente si son hombres jóvenes y bien parecidos». Más o menos, eso era lo que había dicho el mirón y, sin poder dominarse, sintió que la espalda se le helaba.

De pronto Sybil se colgó de su brazo y le empujó hacia la escalera.

—Andando, Gareth —dijo—. Vamos, chicas; le enseñaremos su habitación.

Tilton hubiera querido resistirse, pero le pareció que se hallaba en poder de aquellas mujeres, sujeto a su voluntad por unos hilos invisibles, pero también irrompibles. Resignado, se dejó llevar al piso superior.

* * *

La casa se hallaba sumida en el más completo silencio. Sentado en la cama, Tilton se preguntaba cómo había podido llegar a una situación semejante.

Quizá tendría que quedarse más días. Habían llamado a Artmore y el dueño del taller había dicho que sólo tenía dos ruedas y que debía pedir las restantes a la capital. Al día siguiente tendrían la respuesta definitiva.

Tilton se había formado el propósito de esperar a ese momento. Si la cosa se retrasaba más, abandonaría el Cottage. Cinco o seis kilómetros a pie, no le asustaban. En Artmore habría autobuses o. en el peor de los casos, algún taxi. Pero no pensaba quedarse por más tiempo en una casa, en la que un profesor chiflado se dedicaba a hacer Dios sabía qué diabólicos experimentos con cadáveres de personas.

Y aquel horrible gato, aficionado a la carne humana… Y las tres mujeres, todas ellas terriblemente hermosas, rebosantes de atractivos, exultantes de vitalidad… ¿Qué hacían en aquella casa? ¿Por qué vivían en compañía de un hombre, al que las cosas del sexo parecía debían tenerle sin cuidado, y un gigante bruto y estulto, de inteligencia más bien limitada?

Hutt había servido la cena en el comedor y Tilton había rectificado su primera impresión acerca del sujeto. Era tan bruto como parecía.

La cena había sido presidida por la alegría y la jovialidad. Sybil, Mona e Irene habían charlado sin tasa, riendo casi constantemente y gastándose una a. otras pesadas bromas, en las que el sexo y sus consecuencias tenían parte importante. Tilton, sin embargo, había observado que aquella alegría tenía mucho, de ficticio, resultaba forzada en la mayoría de los casos.

Igorov parecía, no obstante, muy complacido y había reído las bromas de las mujeres. Tilton se sentía cada vez más confundido. ¿Qué relación existía entre Mabel, una dama inmensamente acaudalada, con un gran prestigio social, y aquel extravagante profesor?

Renunció a averiguarlo. Lo único que le interesaba era largarse de allí cuanto antes. Apenas le fuese posible, emprendería la retirada y…

—¿Preocupado?

La voz sonaba suavemente en la puerta y Tilton, cogido por sorpresa, se sobresaltó. Al mirar hacia la entrada, divisó a Irene, con el cabello suelto y las manos sobre la bata de tejido más bien transparente.

—Te he asustado, sin duda —dijo ella.

Tilton se puso en pie.

—No… no tiene importancia —contestó—. ¿Querías algo?

Irene cerró y avanzó unos pasos.

—Estás solo. He venido a hacerte compañía.

—Bueno, yo iba a dormir…

—¿Solo?

Aquella mujer se le ofrecía sin tapujos. Era verdaderamente hermosa y de todo su cuerpo, de formas opulentas, se desprendía un extraño perfume, sensual, sumamente atractivo.

—Suelo dormir solo. Soy soltero —sonrió.

—Yo estuve casada, pero enviudé —dijo Irene.

Avanzó dos pasos más. Elevó las manos y las puso sobre los hombros del joven. La bata se entreabrió. Tilton apreció que Irene no llevaba más ropa debajo.

—¿Por qué no apagamos la luz? — sugirió ella.

—Es que…

—Tímido, ¿eh?

Tilton escrutó el rostro de la mujer. Parecía la más dulce y mesurada de las tres, pero vio en sus ojos la llama de una pasión infinita y casi sintió miedo. A pesar de todo, la calidez de la carne blanca y perfumada empezó a excitarle.

—Bueno, depende de los casos —contestó.

Ella se le acercó aún más. Los labios se rozaron.

Y, en el mismo instante, se abrió la puerta y Sybil apareció en el umbral.

—¡Irene, ven! —llamó.

La joven se volvió bruscamente.

—Lo echamos a suertes —protestó—. Me tocó a mí…

—Deja eso ahora —cortó Sybil—. Al profesor le ha dado un ataque. ¡Vamos, deprisa!

Tilton estaba atónito. No comprendía nada de lo que ocurría.

Irene se ató la bata y fue hacia la puerta.

—Volveré, querido —prometió—. Hoy he sido yo la afortunada y no pienso dejar pasar la ocasión.

Las dos mujeres se alejaron a la carrera, charlando excitadamente algo que Tilton no pudo entender. Desmadejado, volvió a sentarse en

la cama.

—Dios mío, ¿adónde he ido a parar? —murmuró—. Esas mujeres se me han rifado, como si yo fuese el primer premio en una lotería…

Y al profesor le había dado un ataque… ¿De qué? ¿Estaba enfermo? ¿Padecía tal vez una dolencia crónica?

Durante unos minutos, permaneció en la misma posición. El silencio había vuelto, denso, agobiante. Al cabo de un rato, se levantó, cerró la puerta con doble vuelta de llave y volvió a la cama, en donde se tendió, vestido, sin descalzarse siquiera.

En aquellos momentos se había formado un firme propósito: Iba a marcharse de aquella casa, aunque tuviera que hacerlo a pie y de noche.

Miró hacia la ventana. La luna estaba en creciente. Bien, tendría la suficiente luz para caminar sin temor a tropezones. Sólo necesitaba dejar pasar cosa de una hora y…

Deseó que la enfermedad de Igorov se prolongase durante ese tiempo. Ahora, a veces, se oían ruidos extraños en la planta baja. Habría gente en actividad. Hutt, quizá, podía tener instrucciones acerca de él y no le agradaba la perspectiva de enfrentarse con aquella mole de carne.

Fumó un par de cigarrillos y resistió al sueño que le acometía, pese a sus preocupaciones. Al fin transcurrió el plazo que se había fijado y abandonó el lecho.

Apagó la luz antes de abrir. Luego asomó al pasillo, que estaba casi a oscuras.

Al fondo, divisó una puerta, que no cerraba ajustadamente, porque se veía una línea luminosa al pie. Cuando salía, oyó un sonido estremecedor, que le puso los pelos de punta.

Era el maullido de un gato.

Capítulo V

La voz de «Plutón» cesó sin embargo casi en el acto. Tilton avanzó unos pasos más y entonces, al asomarse por el borde de la escalera, vio la silueta de Hutt en el centro del vestíbulo.

Imposible huir por allí, se dijo. Recordando la estructura de la casa, se fijó de nuevo en la puerta del fondo. Aquella habitación tenía ventanas que daban a una de las fachadas laterales. Por allí podría escapar…

Pisando de puntillas, recorrió el pasillo a toda velocidad. Llegó a la puerta, la abrió y dio un paso en el interior.

Sólo dio un paso. El asombro y el horror le paralizaron en el acto, dejándole tan inmóvil como si se hubiese convertido en una estatua de piedra.

Había un par de mesas de mármol en la estancia, indudablemente un laboratorio, y en cada una de ellas se veía un cuerpo humano, cubierto con una sábana. Uno de ellos, sin duda, era el vagabundo mencionado por Igorov, porque tenía uno de sus brazos colgando fuera de la mesa y la falta de la mano se advertía con toda claridad.

«Plutón» estaba sobre el pecho de aquel desgraciado y le enseñó los dientes furiosamente, a la vez que emitía un maullido de protesta. Tilton apreció señales de mordeduras en la carne del muerto y se sintió invadido por una cólera indescriptible.

Miró a derecha e izquierda, pero no encontró nada mejor que una silla. Agarrándola por el respaldo, avanzó hacia el felino.

—¡Fuera, gato caníbal! —dijo, a la vez que atacaba con las cuatro patas de la silla por delante.

«Plutón» se defendió con un par de coléricos zarpazos, pero cuando vio que sus esfuerzos eran inútiles, saltó al suelo, emitiendo sonoros bufidos de protesta. Tilton, sin embargo, procuró no perderle de vista.

El gato le pareció poseedor de una inteligencia casi humana. Por un momento, creyó que la bestezuela iba a escapar, pero, inesperadamente, «Plutón» se revolvió y dio un tremendo salto hacia arriba.

Tilton apenas si tuvo tiempo de reaccionar. El fondo del asiento paró aquel brutal ataque. «Plutón» rebotó, cayó al suelo, dio un par de saltos y, al fin, con los pelos completamente erizados, huyó, lanzando sonoros bufidos de protesta.

La silla se apoyó en el suelo. Tilton sacó un pañuelo y se enjugó el

sudor de la frente.

—Uf, vaya fiera —comentó a media voz.

Durante unos atroces momentos, había pasado auténtico miedo. Las garras de «Plutón» podían haberle causado graves daños en el rostro, si su ataque hubiera resultado coronado por el éxito.

—O quizá me habría sacado los ojos.

Al cabo de unos segundos, se volvió y miró a su alrededor. Había instrumentos científicos, microscopios, balanzas de precisión, cajas con escalpelos, fórceps, sierras de cirujano, frascos con líquidos que, sin duda, servían para análisis… y dos cadáveres.

¿Dos cadáveres?

El otro parecía dormido. Tilton se estremeció al reconocerlo.

—¡Caramba, si es…!

Estaba cubierto por una sábana, que le llegaba hasta el mentón. Tilton se acercó y le tocó en un hombro.

—Eh, Jake, despierte…

Le zarandeó un poco y entonces la cabeza rodó a un lado, cayó al suelo y rebotó un par de veces, con sonido a hueco, antes de quedarse quieta.

Los ojos de Tilton contemplaron horrorizados el limpio corte del cuello, que señalaba la decapitación sufrida por el aficionado a mirar casas ajenas. En aquellos instantes, sin saber por qué, recordó la pesadilla sufrida la noche anterior en su casa. Y, de repente, se encontró en su habitación.

* * *

Sentado en la cama, con las manos juntas, tiritaba.

No recordaba cómo había cruzado el corredor en sentido inverso. Sin duda, había echado a correr, presa de un ataque de pánico, al que no había podido resistir.

Las preguntas se agolpaban en su mente. No le cabía duda alguna de que se trataba de un asesinato.

Ya no era un vagabundo desconocido, cuyo cadáver había sido cedido por las autoridades de Artmore al profesor. Era un hombre que vivía a las cuatro de la tarde y ahora, al filo de la medianoche, estaba en aquella casa, con la cabeza por un lado y el cuerpo por otro.

¿Quién había sido el asesino? ¿Por qué?

Los cristales de la ventana vibraron de pronto.

—Lo que me faltaba, una tormenta —murmuró lúgubremente.

Sí, Hyrall Cottage parecía el tipo de casa siniestra, a la que una tormenta con rayos, truenos y relámpagos, mezclados con rachas de

lluvia a cántaros, furiosamente agitada por el viento, le sentaría estupendamente.

Lo curioso era que los cristales vibraban sin que la atmósfera se agitase en el exterior. Extrañado, volvió, la cabeza y dio un salto, que le llevó al otro lado de la estancia.

Horrorizado, contempló la cara que surgía fantasmal al borde del antepecho y al otro lado de los vidrios.

—¿Otro muerto?

Una mano surgió junto a la cara y golpeó los cristales. Tilton empezó a reaccionar.

Alguien quería llamar su atención. Advirtió que se trataba de una mujer y, malhumorado, pensó que bien podía haber llamado a la puerta. Pero avanzó hacia la ventana y la abrió. Entonces, se llevó una tremenda sorpresa.

—¡Shera!

—Ya era hora —refunfuñó la chica, izándose a pulso hasta penetrar en el dormitorio—. Hace un año que estoy ahí, llamándote, pero tú estabas en la inopia…

—Dispensa. Me encuentro muy preocupado y… Pero, ¿qué diablos haces en esta casa? ¿A qué has venido, si se puede saber?

Shera elevó las manos y se retocó un poco el pelo. Tilton apreció que vestía un pullover negro, de manga larga, y pantalones del mismo color.

—Gareth, ¿entregaste el sobre? —preguntó.

—Claro. Era mi obligación.

Ella elevó los ojos al cielo durante unos segundos.

—Dios mío, qué estúpido…

—Pero, por todos los diablos, ¿puede saberse qué contenía ese maldito sobre?

—Un millón.

Tilton se quedó sin aliento.

—No bromees, tú —rezongó.

—Hablo en serio, Gareth.

—Shera, aunque se tratase de billetes de mil, ese millón abultaría mucho más que lo que se apreciaba a simple vista…

—Eran acciones, tonto. Valores de Bolsa, para que lo entiendas.

—Vaya —resopló él—. De modo que un millón…

—Sí, y la tonta de Mabel se lo ha traspasado bonitamente a ese desaprensivo que se hace llamar Horacio Kimporter Igorov. Eso es lo que ha pasado y tú tienes buena parte de culpa.

Tilton se enfadó y puso las manos en los costados.

—Shera, no me vengas ahora con reproches, porque no pienso

admitirlos —contestó de mal talante—. Si no recuerdo mal, tú creías haber quemado un sobre que contenía un millón de dólares.

—Es cierto, pero, habiendo sido destruidos los documentos, y puesto que están registrados, se podían obtener las copias necesarias. Habría tardado algún tiempo, es verdad, y se hubiesen necesitado ciertos trámites legales, pero en ese tiempo, yo esperaba que Mabel hubiese recobrado la cordura, y así la donación habría sido anulada.
—Bueno, lo siento, yo no sabía nada… aunque también puede suceder que me estés mintiendo.

—He dicho la verdad. —Shera pateó el suelo—. Además, ¿por qué te has quedado? —Le miró de reojo—. ¿No será que aquí viven tres hermosas jóvenes, que te han sorbido el seso a las primeras de cambio?

Tilton soltó una risita.

—No te lo creerás, pero alguien me robó las cuatro ruedas del coche —contestó.

—No digas tonterías, Gareth…

—Es la pura verdad, Shera.

—¿Te refieres al coche que te prestó Mabel?

—Claro, ¿de qué otro podría hablar?

Ella meneó la cabeza.

—Anda, cuéntame otro cuento y me lo creeré —dijo incisivamente.

—Bueno, si no quieres creerlo…

—Pero, ¿cómo voy a creerte si acabo de ver el coche completo, sin que le falte un tornillo?

Tilton se quedó sin habla.

—Es cierto —insistió Shera—. Vine cuando era de noche, para no ser vista, y cuando me acercaba a la casa, divisé el automóvil parado frente a la entrada. Gareth, yo sé muy bien cuándo un coche tiene ruedas y cuándo no las tiene. Había luces en la entrada y se podía ver todo perfectamente.

—Está bien, te creo —dijo él—. No cabe duda, alguien ha tratado de jugarme una mala pasada; quizá han querido divertirse a mí costa, aunque en esta casa suceden cosas que no tienen nada de divertidas.

—¿Qué ocurre, Gareth?

Tilton pensó un instante en las aficiones dietéticas de «Plutón» y sintió un espasmo en el estómago.

—Hay dos muertos —contestó—. De uno de ellos no puedo decir nada, porque no tengo pruebas. Del otro… Estaba vivo a las cuatro de la tarde, poco después de dejarte a ti.

Ahora está al otro lado del corredor, con la cabeza separada del tronco.

Ella le miró horrorizada.

—Adivino que no bromeas, Gareth —dijo.

—Tendrías que haberlo visto —murmuró el joven—, ¿Por qué crees que no oía tus llamadas en el cristal?

—Entonces, era eso… ¿Cómo descubriste los cadáveres?

Tilton se lo contó, sin omitir los detalles referentes al gato. Al terminar, Shera se puso una mano en la boca.

—Es… repugnante…

—Pero ha ocurrido —afirmó él—. Shera, tú pareces saber lo que sucede aquí, por lo menos, en parte. ¿Qué demonios pasa, en realidad?

—No creas que estoy tan bien informada —respondió la chica—. Lo único que puedo decirte es que Igorov es un desaprensivo, que se ha comido la voluntad de Mabel. Por eso le-ha sacado un millón.

—Pero algo le habrá prometido a cambio, ¿no?

—Claro —dijo ella cáusticamente—. Juventud eterna y clarividencia.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Mabel ha sido siempre un poco chiflada y más crédula de lo que es normal en las personas corrientes. Tiene un defecto, que es más bien una obsesión que yo califico de enfermiza: miedo a envejecer.

—Pero eso es algo natural e inevitable en los seres humanos… Además ella es muy guapa. Está magníficamente bien y no tiene siquiera cuarenta años.

—¡Je! —se burló Shera—. Gareth, me pareces un poco ingenuo en cuestiones que se relacionan con el sexo opuesto al tuyo. ¿Sabes cuál es la verdadera edad de Mabel?

—Bueno, le concederé cuarenta y cinco años…

—Añádele quince más y habrás acertado.

Tilton se quedó atónito.

—No es posible… Sesenta años y parece que no haya cumplido los cuarenta…

—Ha seguido tratamientos costosísimos, tanto biológicos como quirúrgicos. Sigue unas dietas extrañísimas, pero eficaces, por lo visto, y se abstiene absolutamente de cualquier cosa que le vaya a perjudicar. O que piense que le puede perjudicar. Bebe solamente agua esterilizada, y no tolera el humo del tabaco y… Bueno, yo creo que su único trabajo consiste en no envejecer.

—Si tiene dinero, puede hacerlo, Shera.

—Claro, pero sin cometer tonterías y resignándose a lo que no se puede evitar. Me gustaría tener una parrafada con Igorov y le iba a decir cuatro verdades… pero ahora no puedo perder ya más tiempo. Tengo que marcharme… y si tú sabes bien lo que te conviene, vendrás

conmigo y abandonarás esta casa antes de que sea demasiado tarde.

—¡Espera! —dijo él—. Se me ha ocurrido una idea.

—¿Si? —murmuró la chica.

—Voy a intentar recobrar el sobre y lo abriré. Si lo que me has dicho es cierto, me llevaré los títulos y se los devolveré a Mabel. Shera meditó unos instantes y luego accedió.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Yo te acompañaré, pero tendremos que salir por la ventana. —Hay una puerta…

—Será mejor que no nos vean, Gareth. Yo me imagino dónde pueden estar esos documentos, y lo mejor será que entremos por otro sitio.

—Pero, ¿es que conoces la casa? —se asombró Tilton.

—¡Claro! ¡Es de Mabel, tonto!

Tilton se quedó paralizado por el asombro, pero ella no le dejó que —siguiera mucho tiempo en aquella postura. Agarró su mano y tiró de él hacia la ventana.

—Se puede bajar con toda facilidad —dijo—. Hay una enredadera, de tallo muy grueso, y no lo harías mejor con una escalera.

Sin darle tiempo a respirar, Shera pasó al otro lado de la ventana e inició el descenso. Tilton vaciló un poco, pero no tardó en seguirla. Como había dicho ella, bajar era fácil. Sus pies tocaron el suelo y lanzó, pese a todo, un suspiro de alivio. Soltó el tronco de la planta y se volvió hacia la muchacha.

—Y ahora, Shera, ¿cuál es el camino?

Pero la muchacha no le contestó.

Capítulo VI

—Shera, Shera… —llamó el joven a media voz.

Trató de taladrar las tinieblas con la mirada, pero no vio otra cosa que sombras confusas. La luna se hallaba tras una nube y la oscuridad era casi total.

La chica seguía sin dar señales de vida. Tilton empezó a pensar en una tomadura de pelo.

—Si se ha reído de mí…

De pronto, se acordó de lo que le había dicho Shera. Su coche estaba intacto ante la entrada principal. Buscaría un poco y, si no la encontraba, al diablo con todo. Al diablo con los valores de Bolsa, con Shera, con Mabel… Por cierto, ¿qué relación había entre Shera y la opulenta dama?

Ni siquiera se lo había preguntado, aunque, en verdad, tampoco importaba demasiado. Sin duda, tenía ganas de divertirse, pero no lo haría más a su costa.

La luna surgió de pronto, en un claro de las nubes, y le permitió ver la fachada posterior, ante la que se abría una pequeña explanada, completamente desierta en aquellos momentos. Corrió hacia la esquina más próxima, pero tampoco halló el menor rastro de Shera.

Invirtió sus pasos. Por el otro lado no se veía nada. Resuelto, avanzó, dio la vuelta y divisó su coche.

Las luces de la entrada estaban apagadas.

—Mejor, así no me verán…

Juntó los codos contra el cuerpo y avanzó hacia el automóvil con paso gimnástico. Al sentarse tras el volante Comprobó, con gran satisfacción, que la llave de contacto estaba en su sitio.

Tocó la llave, pero vaciló un momento. ¿Era honesto marcharse sin saber lo que le había pasado a la muchacha?

Claro que Shera parecía mujer con mucho espíritu, sumamente animosa. Pero, aun así, recordando ciertas escenas que había contemplado, le pareció que cometía una traición.

—Al demonio —se decidió finalmente—. Ella se ha largado a su coche…

Lo habría dejado en el camino, a prudente distancia de la casa, y cubierto el resto a pie. Tal vez había visto algo que la había asustado enormemente, haciéndola escapar sin acordarse del millón en acciones y otros valores.

La llave de contacto giró en su sitio, pero el motor no respondió.

Tilton apretó los labios y repitió el movimiento. El motor continuaba silencioso. Ni siquiera se encendían las luces del tablero.

—Maldita sea… Se habrá desconectado algún cable…

Tiró de la palanquita correspondiente, se apeó del coche y levantó el morro. Creyó que le daba algo.

Había llegado a sospechar la falta de la batería, pero no estaba preparado para ver aquello. ¡El motor había desaparecido!

La visión sin embargo, duró escasos segundos. Antes de que se hubiese recuperado de aquel inesperado golpe, la luna quedó cubierta por un espeso banco de nubes y sobrevino la oscuridad, total, impenetrable.

Y, en aquel instante, percibió una débil respiración a sus espaldas y un tenue perfume.

—Shera —dijo, a la vez que se volvía en redondo.

Ella le abrazó y su boca se fundió afanosamente con la del joven. Pillado por sorpresa, Tilton se dio cuenta de que iba a dejar de respirar muy pronto y forcejeó para romper el contacto.

«Mabel puede que sea una chiflada, pero ésta le gana por diez largos de ventaja», pensó, mientras trataba de apartar a la joven.

Al fin lo consiguió, pero entonces vio algo que le hizo notar el error cometido en un principio.

—Oh, diablos, tú no eres…

De pronto, se oyó un espantoso trueno.

Tilton se dio cuenta de que la detonación no indicaba una tormenta, sino que se había producido en el interior de su cerebro. Para entonces, ya estaba cayendo al suelo.

—¿Quién diablos me ha golpeado?

Pero perdió el conocimiento antes de que su cara chocase con la tierra de la explanada.

* * *

Despertó sintiendo un horrible dolor de cabeza y durante un largo rato, se sintió débil e impotente para abrir siquiera los ojos. Al cabo de un cuarto de hora, el dolor dio señales de disminuir y entonces notó que estaba en una cama.

Haciendo un considerable esfuerzo, se sentó en el lecho, tocándose la parte posterior del cráneo, en donde encontró un bulto más que regular. El dolor persistía aún, de modo que lo mejor era, pensó, aliviárselo con agua fría.

Vacilante, se encaminó al baño y mojó una toalla, que aplicó a la

nuca. Abrió el armarito y vio un tubo de analgésicos, de los que tomó dos. Un poco mejor, reparó en que llevaba puesto un pijama que, evidentemente, no le pertenecía.

Miró el reloj; eran ya casi las nueve de la mañana. Decidió darse una ducha y, mientras se hallaba bajo los chorros de agua fría, reflexionó sobre todos los acontecimientos de la noche pasada.

Era evidente que alguien tenía interés en que no abandonase Hyrall Cottage, aunque no comprendía muy bien los motivos. Se preguntó si Shera, pese a todos, no estaría de acuerdo con Igorov y sus hermosas… ¿Qué eran? ¿Qué hacían allí aquellas tres seductoras mujeres?

Cuando estuvo seco, volvió a su habitación. Las ropas estaban ordenadas y limpias y, sobre una mesa, vio una cafetera y un servicio. Tomó un par de tazas de buen café y notó una agradable mejoría. El chichón persistía, pero el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo.

Una vez vestido, se dirigió hacia la puerta y abrió. La casa estaba tranquila, no se percibía el menor ruido. Fijó la vista en la puerta del fondo y decidió que debía echar otro vistazo al laboratorio.

En aquel instante, Igorov se hizo visible. Salió del labora torio, cerró con llave, la que guardó a continuación, y caminó presurosamente hacia el arranque de la escalera. —Profesor —llamó Tilton.

Igorov le vio y sonrió afablemente.

—Ah, es usted, muchacho… ¿Ha dormido bien? El Cottage es un lugar muy tranquilo y sólo se oyen los ruidos de la naturaleza: hojas de árboles que se mueven, trinos de pajarillos y cosas así… Me alegro de que se encuentre perfectamente…

El profesor hablaba sin dejar de mover las piernas con gran rapidez, de tal modo, que su bata, casi abierta, aleteaba con gran aparatosidad. Tilton extendió una mano, pero Igorov pareció no hacerle caso.

—No se preocupe por mí, muchacho; haga como si estuviese en su propia casa. Y, además, qué demonios, así debe ser… Usted sabrá dispensarme, ¿verdad? Tengo un trabajo enorme y no puedo entretenerme…

Igorov descendió la escalera a todo correr y desapareció por una de las puertas de la planta baja, antes de que el asombrado joven pudiera hacer ninguna objeción. Tilton quedó en su sitio, atónito y chasqueado, pero también un tanto furioso por lo que estimaba total irresponsabilidad de un hombre entregado a la ciencia.

—Suponiendo que sea de veras un científico y no un charlatán embaucador —masculló.

Lentamente, emprendió el descenso a la planta baja. Se acercó al comedor y lo vio vacío. De pronto, percibió una presencia humana a sus espaldas y se volvió.

Casi dio con la nariz en el rostro del gigante. Asustado, dio un salto hacia atrás.

—Perdone, señor —dijo Hutt—. ¿Quiere que le sirva el desayuno?

Tilton levantó la cabeza. Medía casi metro ochenta, pero Hutt le rebasaba muy bien treinta centímetros. Al mirarle, se dijo que no era posible saber a qué carta quedarse con aquel sujeto. En el primer momento, le había parecido bastante listo; luego, completamente estúpido. Ahora veía malicia en sus achinadas pupilas y casi en la leve sonrisa que distendía sus labios.

—No, no tengo apetito, gracias —contestó—. Estaba buscando…

—¿A las señoras, tal vez?

—Pues, si…

—Están durmiendo. Siempre duermen hasta el mediodía. No se las puede despertar, señor. Con su permiso.

Hutt se alejó. A pesar de su colosal peso, Tilton calculó que no bajaba de los ciento diez o ciento quince kilos, no hacía el menor ruido al caminar.

—Las chicas duermen hasta el mediodía y no se las puede despertar…

Hutt desaparecía en aquel momento por la puerta que, sin duda, conducía a la cocina y sintió deseos de preguntarle si había sido él quien había quitado el motor del automóvil. No podía ser otro, pensó, recordando las manchas de grasa que había visto en sus manos en el primer momento.

Pero no se atrevió a formularle la pregunta, temeroso de su reacción. Cuando convenía, sabía ser prudente y se daba cuenta de que, en una lucha cuerpo a cuerpo, tenía todas las de perder.

De pronto, reparó en un detalle.

«Ellas duermen hasta el mediodía y no se las puede despertar, pero esa orden no reza conmigo», se dijo.

Y, resueltamente, emprendió el ascenso al primer piso.

* * *

Abrió una puerta. La estancia se hallaba en penumbra, pero pudo divisar la figura de una durmiente en el lecho. Acercándose despacio, le tocó el hombro, desnudo por el escote del camisón.

—Sybil, Sybil… Despierta —dijo suavemente.

La joven no reaccionó. Seguía dormida, con las manos cruzadas sobre el pecho. Por un instante, Tilton pensó que estaba muerta, pero

desechó la idea al apreciar los movimientos regulares de su respiración.

Sybil, sin embargo, respiraba muy lentamente, mucho más que lo normal. El pecho se alzaba con enorme lentitud y descendía con el mismo ritmo. Extrañado, Tilton contó los movimientos con la ayuda de su reloj.

—Siete inspiraciones por minuto, cuando lo normal son dieciséis o más según las circunstancias —murmuró.

Ella seguía sin reaccionar a sus sacudidas ni a sus llamadas. Entonces, Tilton comprendió que había tomado un potente narcótico.

—¿Por qué? ¿Acaso sigue algún tratamiento especial?

Decidió comprobar si a las otras dos les sucedía lo mismo. Mona dormía en el cuarto contiguo y, al igual que Sybil, tampoco reaccionó a sus llamadas.

Frunció el ceño. En aquella casa ocurrían cosas muy extrañas y no sólo porque un hombre hubiese muerto decapitado. ¿Qué ocurría? ¿Cuál era el papel que tres hermosas mujeres desempeñaban junto a Igorov?

Sólo le faltaba Irene, la joven del pelo color de paja, precisamente la que había acudido a su dormitorio para seducirle, alegando que le había correspondido por sorteo. Entró en el dormitorio y vio que también estaba dormida.

A estas alturas, ya se hallaba convencido de que las tres seguían idéntico tratamiento o lo que fuese, pero, a pesar de todo, decidió probar también. Quizá el narcótico no era tan efectivo en Irene; una misma dosis, pensó, causaba efectos distintos en varias personas.

—Irene, Irene…

Volvió la cabeza. La puerta estaba cerrada.

—¡Irene! —gritó.

La joven no se movió. Tilton, entonces, notó algo raro. Fue hacia la ventana y descorrió las cortinas, permitiendo así que un raudal de luz penetrase en el dormitorio.

La cama era grande, con dosel de oscuras columnas, y tuvo que agarrarse a una de ellas para no caer al suelo, cuando vio la fina línea rojiza que rodeaba por completo la esbelta garganta de la joven.

—¡Dios mío! ¡Está…!

—¡Gareth, Gareth! ¿Me oyes?

Tilton retrocedió espantado.

—Está muerta y me habla —exclamó, con la mente convertida en un alucinante torbellino.

—¡Gareth! —siguió la voz—. ¿Dónde estás? ¿Me oyes? ¿Puedes venir?

—No… no… —chilló el joven—. Tú estás muerta…

—Qué muerta ni qué demonios… Soy Shera, Gareth. ¿Lo entiendes ahora?

Tilton empezó a reaccionar. La voz de Shera salía de alguna parte, pero no lograba identificar su origen. Rehaciéndose, se acercó de nuevo a la cama.

—Shera, ¿me oyes bien?

—Sí —contestó la chica—. Escucha, creo que estoy justo debajo de ti. Hay conductos de aire disimulados y eso nos permite hablar, pero no son lo suficientemente grandes para deslizarse a través de ellos. Te diré cómo podrás encontrarme.

—Está bien, adelante.

—Baja a la planta y acércate a la puerta de la izquierda. Atraviésala y encontrarás un pequeño pasillo. A la derecha, a dos metros, verás otra puerta. Es un trastero que no tiene otra abertura, ¿comprendes? ahí es donde yo estoy.

—¿Por qué no has intentado escapar, Shera?

—No sea ingenuo; estoy atada a una silla que, a su vez, está atada a una cañería de desagüe.

—Pero… quizá… No, seguro; las puertas estarán cerradas con llave…

—¿No te sientes capaz de encontrar un destornillador? Entre las herramientas de tu coche, por ejemplo.

—Está bien. Perdona, pero tengo la cabeza hecha un lío…

—Parece que ha ocurrido algo —dijo Shera—. Te oí mencionar a una persona muerta…

Tilton lanzó una mirada a la cama y asintió.

—Sí, es cierto —confirmó tristemente.

Capítulo VII

Hizo un último esfuerzo con el destornillador y la cerradura saltó con un fuerte chasquido. Empujó la puerta con el hombro y, sonriendo, miró a la chica atada a una silla y, tal como había dicho, ésta atada a una cañería.

—Bueno, la verdad es que no esperaba volver a verte —dijo—. No puedes imaginarme el chasco que me llevé al llegar al suelo y ver que te habías esfumado.

—Alguien me sorprendió, sin que yo me diera cuenta; Era un tipo muy fuerte y me llevó literalmente en volandas y sin hacer el menor ruido.

—Hutt —identificó el joven.

—No lo sé, no le conozco. Y ni siquiera le vi la cara. Creo que me desmayé, porque, cuando me di cuenta, estaba aquí, tal como me ves. Dejaron una luz encendida, pero la apagaron hace mucho rato. Y tú, ¿qué hiciste?

—Bueno, pensé que te habrías largado y me dije que también debía poner pies en polvorosa. Quizá habías desistido de recuperar el sobre, pero no sabía qué hacer… Así que me fui al coche y, adivina lo que le faltaba esta vez.

—Gasolina —exclamó Shera.

—El motor. Completo.

Shera abrió la boca.

—No digas tonterías, tú.

—Como lo oyes, guapa. Es más, luego vino una mujer, me abrazó y empezó a besarme. Como era oscuro, pensé en el primer momento que eras tú y entonces alguien me atizó un golpe en la cabeza. Desperté en mi dormitorio, hace poco más de una hora.

—Sí, pero te fuiste al dormitorio de otra mujer —acusó ella.

—He estado en tres dormitorios, muñeca, y en todos había una bella durmiente. Pero la última, claro, es la que estaba muerta.

—¿Cómo la mataron?

—Yo diría que la estrangularon. Hay señales en su cuello, ¿sabes?

—Es muy extraño. —Shera se mordió los labios—, Gareth, ¿qué demonios hacen esas fulanas en el Cottage?

—Yo diría que siguen alguna especie de tratamiento… —Tilton le contó sus observaciones sobre el ritmo de la respiración y el tiempo en que debía permanecer durmiendo—. Lo que sucede es que una de ellas

no despertará jamás.

—Ayer, un curioso; hoy, una huésped… Gareth, ¿no te gustaría saber qué sucede realmente en la casa?

—Lo que me gustaría es salir disparado, si fuese posible. Pienso en que Mabel me prometió dos mil quinientos dólares y que, prácticamente, ese dinero constituye todo mi capital.

—¿Estás en paro?

—Me despidieron —contestó él amargamente.

—¿Por qué?

—Diferencias de opinión. Yo pensaba que el jefe era el mulo y el jefe decía que el mulo era yo. Pero el jefe siempre gana.

—Sí, suele pasar. ¿Te dolió mucho la patada?

—No se atrevió a pegármela. Es un tipo enclenque, miserable, ruin, pero capaz de contener más maldad en sus cuarenta y cinco kilos de peso que diez asesinos psicópatas juntos. La única satisfacción que me queda es que le puse la papelera por sombreo y tuvieron que quitársela con soplete.

Shera se echó a reír. Era la suya una risa franca, espontánea, sin doblez.

—Me hubiera gustado verlo —dijo—. Oye, Gareth, ¿te has dado cuenta de una cosa?

—¿Algo nuevo? —preguntó él.

—Oh, no tiene importancia. Tú y yo estamos aquí, charlando apaciblemente; llevamos casi un cuarto de hora conversando como viejos amigos… ¡y todavía no has hecho nada por desatarme!

Tilton se dio una palmada en la frente.

—Perdona, guapa; casi lo había olvidado… —Hurgó en sus bolsillos—. Lo que sucede es que no tengo navaja…

Shera elevó sus ojos al cielo.

—Hombres —dijo—. Y ellos son los que rigen el mundo… ¿Gareth?

—Sí, encanto.

—En aquel rincón veo una botella. Rómpela. ¿Tengo que decirte también el resto?

—No, claro —contestó el, ofendido.

Cerró la puerta, para que no se oyese la rotura de la botella y luego, con un trozo de vidrio en las manos, empezó a cortar las cuerdas que sujetaban a la muchacha. Minutos más tarde, con un fuerte suspiro de alivio, Shera se ponía en píe.

—Ya era hora —exclamó—. Bien, Gareth, podemos irnos.

—De acuerdo, pero, ¿en qué coche?

—En el mío, cuando hayamos terminado.

—¿Cómo?
—Acordamos buscar el sobre con los documentos, ¿no?
Tilton se pasó una mano por el cuello.
—Espero conservarlo intacto —suspiró.
Salieron del cuarto y llegaron al vestíbulo. En aquel instante, se oyó la estridente voz del profesor.
—¡Eh, usted! ¡Sí, a usted le digo, señorita…!
Tilton cerró los ojos un instante. Igorov les había comprendido y ya no podría hacer nada para recobrar el sobre. Quizá, con un poco de suerte, conseguirían escapar, pero eso sería todo.

* * *

Igorov avanzó unos pasos y se detuvo a dos metros de la chica.
—Ya era hora de que viniese, caramba —exclamó con acento irritado—. Llevamos casi una semana esperándola y empezábamos a dudar de que se dignase hacer acto de presencia.
—Yo… no…
—Vamos, vamos, no perdamos el tiempo. ¿Ha venido por lo del anuncio en el *Artmore Weekly*, verdad? Bien, entonces, vaya a la cocina, póngase un delantal y empiece a trabajar. En esta casa se necesita la mano de una mujer, señorita. Tengo un criado, pero es un zoquete y a veces dudo de que sea siquiera una persona. Por eso puse el anuncio, porque necesitábamos una mujer de la limpieza, bueno, para todo… Por cierto, ¿cuánto quiere cobrar?
Shera empezó a salir de su desconcierto, al darse cuenta de lo que pretendía realmente el profesor.
—Bien… si le parece cuarenta dólares semanales, la manutención y el alojamiento…
—Espléndido, muchacha. Le pagaré cincuenta, pero le advierto que soy muy exigente. Ah, vaya a la cocina y Hutt le indicará dónde están los ropajes de la anterior sirvienta. Los pagué yo, de modo que no dejé que se los llevase. Más o menos era tenía su figura y… A propósito, ¿cómo se llama usted?
La muchacha juzgó oportuno doblar ligeramente las rodillas.
—Shera, señor, y muchas gracias por el salario…
—Bah, bah, no diga nada. Me gusta pagar bien a quien me sirve. Por cierto, soy el profesor Igorov. ¿Conoce ya a este joven, Shera?
—Sí, profesor —se apresuró a contestar Tilton—. Precisamente, le estaba enseñando la casa… lo poco que conozco de ella, claro.
—Está bien, dijo; venga conmigo, tenemos que hablar. —Sí, profesor.

Igorov dio media vuelta y les volvió la espalda. Shera miró al joven aprensivamente.

—Hutt está en la cocina y me conoce porque me capturó anoche —dijo en voz baja. —Dile que se equivocó y que venias a por el empleo. Muéstrate firme y le derrotarás. No te dejes amilanar por esa tonelada de carne bípeda.

La voz de Igorov sonó chirriante en el otro extremo del vestíbulo:

—Señor Tilton, déjese de devaneos con la nueva criada —gritó—. Venga inmediatamente.

—Sí, profesor, ahora mismo…

Tilton dedicó un guiño animoso a-la chica y corrió hacia el chiflado individuo. Igorov se había metido en su despacho ya y cerró la puerta apenas había cruzado Tilton el umbral. El joven se preguntó de qué iba a hablarle aquel estrafalario sujeto. Pronto lo sabría, se respondió a sí mismo.

* * *

Igorov se acercó a una mesita, destapó un frasco tallado que contenía un líquido ambarino y llenó en parte dos copas.

—¿Un traguito? Siempre viene bien, sobre todo, si se toma con moderación, ¿no le parece?

—Desde luego, profesor. Oiga, ¿qué demonios hacen aquí tres hermosas mujeres? Cualquiera diría que usted practica alguna religión de las que permiten la poligamia. Tilton había soltado la pregunta de repente, confiando en pillar desprevenido a Igorov. El hombre, sin embargo, no se dejó sorprender.

—Son mis colaboradores y, permítame, no es asunto de su incumbencia —respondió, a la vez que entregaba una copa al joven—. Por favor, no lo tome como descortesía. —Oh, en modo alguno. Fue simple curiosidad, señor. Pero tenía entendido que quería hablarme.

—Ah, sí, casi lo había olvidado… Se trata de algo referente al sobre que me envió la señora Wardstein.

—Una dama de todas prendas, hay que decirlo —sonrió Tilton—, ¿Se trataba de algo importante?

—Asuntos de negocios entre ella y yo. Son unos documentos y necesito que sean examinados por un experto. Seguramente, vendrá hoy; ya tendría que haber llegado ayer aquí, pero no sé qué diablos ha podido pasarle y no ha asomado la nariz todavía. ¿Tendría usted inconveniente en esperarle?

Tilton pensó inmediatamente en su coche desprovisto de motor. ¿Quién le estaba gastando aquella serie de jugarretas y por qué?

—Sin duda, tiene usted otros trabajos —continuó Igorov—, pero

me gustaría compensarle por el tiempo que va a perder aquí. ¿Le parecerían bien mil dólares? Ese hombre tiene siempre muchas preocupaciones y, aunque promete un horario, no le es fácil cumplirlo. Tanto si viniera ahora mismo como dentro de un día o dos, igual recibirá usted los mil dólares. ¿Hace, Gareth?

Tilton pensó que el propio Igorov le ofrecía la ocasión en bandeja.

—No tengo ningún inconveniente, profesor —accedió con la mejor de sus sonrisas.

—Gracias, muchacho. —Igorov le dio unas palmaditas en el hombro—. ¿Otra copa?

—No, gracias, profesor; es demasiado temprano. Con una ya tengo más que suficiente.

—Como guste. Ah, es usted un tipo muy atractivo. Yo… Bueno, comprendo a la juventud y me doy cuenta que necesita cierta clase de expansiones. Las chicas, es decir, Sybil, Mona e Irene, son mis colaboradoras, pero eso no significa que si usted y alguna de ellas… —Igorov le guiñó un ojo y sonrió—. Soy muy tolerante, ¿sabe?

—Gracias, profesor, pero no creo que ninguna…

—Oh, vamos, vamos, no se haga el mártir. Si la pieza se pone a tiro, dispare sin vacilar.

Igorov soltó una gran carcajada y luego empujó al joven hacia la puerta.

—Y ahora, dispénseme, pero tengo trabajo… Le llamaré cuando sepa el dictamen del experto.

—Sí, profesor.

La entrevista había tenido lugar en un despacho, completamente desordenado, lleno de papeles por todas partes y con evidentes muestras de descuido en la limpieza. Tilton se preguntó en qué lugar del gabinete podía estar la caja fuerte.

Porque no le cabía la menor duda: el sobre de Mabel tenía que estar guardado en una caja fuerte. Un millón de dólares no se podía tener descuidadamente encima de una mesa, como una vulgar receta de cocina.

Abandonó la estancia y cruzando el vestíbulo, salió fuera de la casa. Su coche continuaba en el mismo sitio. Levantó la tapa del motor. No se lo habían devuelto todavía.

De pronto, oyó ruido de motor al otro lado de la casa. Impulsivamente, echó a correr, dio la vuelta y entonces presenció un espectáculo singular.

Había en la parte posterior una camioneta, con grúa, de la que pendía una caja de madera, rectangular, de unos dos metros de largo, por casi uno de ancho. En apariencia, era un cajón vulgar, pero Tilton se estremeció al pensar en lo que podía contener.

Hutt, al pie del vehículo, manejaba los mandos de la grúa. Ahora, a Tilton, ya no le cabía la menor duda del ingenio empleado para desmontar el motor de su coche.

La caja quedó depositada al fin en la plataforma de carga. Hutt le miró y sonrió.

—Tengo que llevar esto al pueblo, por orden del profesor —dijo—. Son materiales defectuosos que devuelve para su reposición.

—Ah —murmuró el joven.

Hutt subió a la cabina y arrancó. Cuando viraba, Tilton pudo ver algo en la plataforma: un pico y una pala.

—¿Quién viaja en ese cajón? —murmuró.

Hutt no iba al pueblo. Se quedaría mucho más cerca, cavando una tumba.

De pronto, oyó la voz de Shera a sus espaldas.

—¿Complicaciones, Gareth?

Capítulo VIII

—Por ahora, no —contestó el joven, tras una ligera pausa—. ¿Y tú?

—Hutt se quedó muy sorprendido, pero no hizo objeciones. Al contrario, se ha portado conmigo estupendamente, con mucha amabilidad.

—Lo celebro. El profesor me ha dicho que me quede un poco más. Está aguardando a alguien, para que examine lo que hay en el sobre de Mabel.

—¿Es que no lo sabe ver él? —se asombró Shera.

—Verás, sin duda debe de ser un experto en cuestiones financieras. Yo también le llamaría, si el sobre fuese mío.

—Ah, comprendo. Gareth, ¿qué piensas hacer?

Los ojos de Tilton se fijaron en el cobertizo que había al otro lado de la explanada posterior, a unos treinta metros de distancia.

—Eso debe de ser el garaje —murmuró—. Iré a ver si hay otro coche… Por cierto, ¿el tuyo?

—Lo dejé fuera del camino. No lo encontrarán fácilmente —respondió la muchacha.

—Eso me tranquiliza. Oye, voy a hacerte una sugerencia.

—¿Sí, Gareth?

—He hablado con el profesor en un cuarto completamente desordenado. Ármate de cepillo, plumero, escoba y demás, y procura limpiarlo. Así sabremos dónde está la caja fuerte.

—No es mala idea —convino Shera.

—Ya me dirás luego lo que haya…

—Pero si no conocemos la clave, no podremos hacer nada.

—A veces, abrir una caja fuerte cuya clave se desconoce, resulta más fácil de lo que parece —contestó Tilton—. Haz lo que te digo y ya me contarás más tarde.

—De acuerdo, Gareth.

Tilton se volvió y casi se echó a reír. Shera vestía uniforme negro, con cuello, puños y delantal blancos, y la clásica cofia sobre la cabeza.

—Estás guapísima —dijo—. Si fuese millonario, te tomaría a mí servicio inmediatamente.

Ella dobló las rodillas.

—Soy su obediente servidora, milord —rió.

Tilton hizo un gesto y luego cruzó la explanada. Llegó al cobertizo, tanteó la puerta y, al ver que no estaba cerrada con llave, la abrió.

Lo primero que vio fue el motor de su coche, en el suelo, a un lado del lugar que había supuesto podía ser un garaje y lo era en realidad. Había también dos coches y su aspecto le hizo silbar.

Uno de ellos era un Porsche rojo, de dos plazas, completamente nuevo. Parecía que hubiera salido de la fábrica el día anterior.

El otro era un Rolls-Royce imponente, negro, con los costados decorados en rejilla amarilla. El coche ofrecía un aspecto impecable y, al abrir la portezuela, Tilton percibió de inmediato el olor a madera noble y a cuero auténtico.

—Y decía que no podía confiar en el coche —murmuró, al recordar las palabras de Sybil.

Las llaves de contacto estaban en sus puestos. Tilton probó sucesivamente los dos coches. Funcionaban a la perfección y los tanques de combustible aparecían llenos.

—Si las cosas se ponen mal, elegiré el Porsche —murmuró.

Terminó el examen y se dispuso a salir. Entonces, oyó una voz un tanto irónica:

—¿Eres aficionado a los coches caros?

Sorprendido, Tilton se volvió. Mona Updike estaba en la puerta y le miraba sonriendo de un modo especial.

* * *

Mona vestía una sencilla bata a cuadros, con falda hasta más arriba de la rodilla y sin mangas, abrochada con una doble fila de botones blancos. Ofrecía un aspecto encantador, pero había algo en su mirada que no gustó demasiado al joven.

—¿Te has quedado sin habla? —preguntó ella.

—Tú tienes la culpa —sonrió Tilton—. Estás… arrebatadora.

Movió la cabeza hacia atrás y añadió:

—Te cambiaría por cien iguales a éstos —agregó, aludiendo a los dos coches que ahora tenía a sus espaldas.

—El profesor, seguramente, no admitiría el trueque. Ahora bien, si de lo que se trata es…

Mona avanzó, unos pasos, fue a la trasera del Rolls, levantó la tapa del maletero y sacó una manta de viaje.

—Esto servirá, ¿no te parece?

Tilton tragó saliva.

—Oye, que no lo dije en broma…

—Hay cosas con las que no se debe bromear —respondió ella, muy

seria.

—Espera, espera un momento —pidió el joven—. No es que yo sea refractario a… Bueno, ya te puedes suponer lo que quiero decir, pero así, de una manera tan fría… La manta está muy bien; sin embargo, yo preferiría algo más… cómodo y atractivo… Una habitación en penumbra, tintineo de copas, en fin, una especie de prólogo que hiciese la cosa más atractiva. —Tilton arrugó la nariz—. Aquí huele a gasolina, aceite, goma… No sé si me sentiría capaz…

—Tienes razón —convino ella—. Iremos a mí dormitorio.

—Pero Irene podría enfadarse —dijo Tilton intencionadamente—, Parece que yo le toqué en el sorteo. —Se le pasó el turno.

Había hielo y dureza en aquella respuesta. ¿Estaba enterada Mona de que Irene había sido asesinada?

—¿Cómo puedo saberlo yo? —preguntó.

—Basta con mi palabra. ¿Vamos?

—Mona, perdona la franqueza… pero diría que estás hambrienta de… Bien, tú ya me entiendes. Lo normal es que sea el hombre, pero…

—Gareth, ¿es que no te gustan las mujeres? Porque si sientes inclinaciones de otra clase, dilo de una maldita vez y no te andes con rodeos.

Tilton se dio cuenta de la intención de aquellas palabras. Mona pretendía herir su amor propio. No podía dejar de reaccionar en el sentido que ella esperaba.

—Sólo siento las inclinaciones que debe sentir un hombre que lo es, de los pies a la cabeza —dijo.

Se acercó a la joven y la besó ardientemente, sorprendiéndola con su ataque. Luego, mientras la sujetaba con una mano, le desabrochó la parte superior de la bata y metió audazmente la mano por el escote.

Mona, sin respiración, se separó un poco, pero no hizo nada por retirar la mano que acariciaba sus senos.

—No cabe duda —dijo—, eres todo un hombre. ¿Vamos, Gareth?

El joven se dijo que tendría que acceder a lo que le pedía aquella mujer, que le pareció una ninfómana perdida. «¿Qué dirá Shera si llega a enterarse?»

Y, en aquel momento, oyó algo que le pareció el tañido de la campana en un combate de boxeo, sonando en el momento más oportuno, cuando su contrincante, Mona, le tenía acorralado contra las cuerdas: el ruido de un automóvil que llegaba y la bocina que tocaba su conductor, para llamar la atención de los habitantes de la casa.

—Dispensa —dijo, mientras echaba a correr—. Quiero ver a la persona que llega…

Dio la vuelta a la casa, pero cuando asomó por la esquina, sólo pudo ver un coche parado detrás del suyo. El recién llegado estaba ya en el interior. Sería el experto anunciado por Igorov, se dijo.

* * *

Shera hizo un movimiento con la cabeza y señaló hacia la puerta del despacho.

—Está ahí —indicó.

—¿Sabes quién es? —preguntó Tilton.

—He oído su nombre, Sherman Larkin, pero no sé más.

—Sin duda es el experto en cuestiones financieras. ¿Crees que sería conveniente hablar con él?

La voz de Sybil se oyó repentinamente en la escalera.

—¡Shera!

La muchacha se volvió.

—¿Señora?

—¿Ha visto usted a la señora Kluge?

—Ha muerto, señora.

Tilton se tapó la cara con las manos. ¿Por qué había tenido que soltar Shera la noticia tan bruscamente?

—Está loca, Shera —dijo Sybil, enfadada.

—Dispense la señora, pero sé que la han asesinado…

—No me gusta que se burlen de mí. No me gustan las bromas pesadas —gritó Sybil—, Gareth, ¿has visto tú a Irene?

—La estrangularon anoche —contestó el joven.

—¿E… estás seguro?

—Vi el cadáver. Quizá esté todavía en su dormitorio.

Sybil estuvo un momento inmóvil y luego, de pronto, echó a correr hacia el dormitorio de Irene. Segundos más tarde, regresó.

—No hay nadie en su habitación —dijo.

Repentinamente, Igorov abrió la puerta de su despacho y lanzó un chillido de protesta:

—¿Qué son todos estos ruidos? ¿Es que no va a poder trabajar uno tranquilamente, sin temor al escándalo ni al alboroto?

—Profesor. Irene ha sido asesinada —dijo Sybil.

Igorov se echó a reír.

—Tienes mucha fantasía, hija—. ¿De dónde te has sacad una historia semejante?

Irene señaló a los dos jóvenes.

—Ellos lo han dicho —contestó.

—Quisieron tomarte el pelo. La verdad es que Irene se marchó

muy temprano. Mira, mira bien en su alcoba y verás que se llevó todo su equipaje.

—Pero… no se despidió de nosotras…

—Estabais dormidas. No convenía que os despertase. ¡Shera! —gritó Igorov—, ¿Qué hace ahí parada? ¿Le pago acaso para que se dedique a escuchar tonterías?

—Dispense, profesor.

Shera agarró los bártulos de la limpieza y huyó a escape. Igorov lanzó una mirada envenenada al joven y luego se volvió a su despacho. Antes de cerrar la puerta, Tilton, sin embargo, pudo oír la voz del visitante:

—Lo siento, profesor, pero no puedo darle un dictamen instantáneo. Necesito más tiempo para examinar estos documentos…

La puerta se cerró y volvió el silencio. Tilton fijó la mirada en Sybil, que empezaba a descender la escalera.

—Gareth, ¿es cierto que Irene ha sido asesinada?

El joven asintió. Ella cerró los ojos un instante.

—No puedo creerlo…

—Créelo. Yo la vi y no me equivoco. Entré en tu dormitorio y en el de Mona. Las dos estabais dormidas. Vi cómo respirabais. Irene no respiraba. Además, tenía su cuello señales de estrangulamiento, probablemente hechas por un cable de metal.

—Dios mío… —Sybil se tambaleó y hubiera caído al suelo, de no ser sostenida por el joven—. Esto me parece…

Tilton la condujo al comedor y la hizo sentarse en una silla. Luego le sirvió una copa. —Sybil, ¿qué hacéis aquí vosotras? —preguntó.

Capítulo IX

Ella tomó un par de sorbos y los colores empezaron a volver lentamente a su rostro.

—Igorov nos contrató hace algunos meses —dijo—. Las tres estábamos sin trabajo… Bueno, yo, al menos, lo tenía, pero no me estaba haciendo rica, precisamente. A mi edad, ya no se consiguen demasiados clientes, ¿comprendes?

—¡Caramba, Sybil! Yo te veo guapísima, muy atractiva… No es que piense que tú «profesión» sea lo mejor del mundo, pero si con el aspecto que tienes no consigues clientes, no sé qué otra cosa puedes hacer.

Ella sonrió tristemente.

—Ahora me ves muy bien, ¿verdad? Tendrías que haberme visto hace seis meses. Ni siquiera te hubieras molestado en mirarme. Y lo mismo se puede decir de las otras dos. Las tres tenemos… teníamos, la misma edad, aproximadamente, con una diferencia de uno o dos años… ¿Cuántos crees que tengo yo, Gareth?

Tilton la estudió cuidadosamente. Al fin, dijo:

—Bien, yo calculo que unos treinta y cinco, aunque no aparentas más de veintiocho o treinta…

—Tengo cuarenta y nueve años—declaró Sybil.

El joven respingó.

—¡Je! Tienes un humor excelente…

—Hablo en serio, Gareth —insistió Sybil—. Y tanto Mona como Irene han cumplido ya el medio siglo.

—Es imposible… Pero, ¿cómo puedes aparecer tan joven? —preguntó Tilton, estupefacto.

—Igorov nos contrató hace tiempo —explicó ella—. Dijo que quería ensayar nuevos métodos de rejuvenecimiento, absolutamente inocuos, y que nos pagaría unos buenos salarios, pero que deberíamos estar con él, cuando menos, un año. Todas nos encontrábamos en la misma situación, así que aceptamos.

—Entonces, vinisteis aquí…

—Y al mes ya notamos los primeros efectos. Nos encontrábamos mucho mejor, habían desaparecido ciertos achaques que ya surgen cuando llega el medio siglo… Yo tenía muchas canas y me desaparecieron…

—¿Qué os hace Igorov?

—No me preguntes. Su tratamiento se basa en ciertas drogas, en parte ingeridas por vía oral y en parte mediante inyecciones. Nada de cirugía y, por supuesto, cierta dieta y un horario muy rígido de sueño.

—¿Cuál es el horario?

—A las doce, como máximo, ya debemos estar durmiendo. Tomamos una bebida especial y descansamos doce horas de un tirón.

Tilton recordó el detalle de la respiración a ritmo muy lento. Sin duda, formaba parte del tratamiento y no cabía duda de que resultaba altamente eficaz.

—Sybil, ¿es cierto que hubo sorteo? —preguntó de repente.

Ella sonrió.

—¿Te sorprendió?

—Sí, desde luego.

—Irene ganó. Ya sabes el procedimiento, tres pajitas, la más corta y todo eso.

—Yo creo que perdió —murmuró Tilton—, Si está muerta…

—Tal vez por quebrantar la norma sobre el sueño.

—Es posible. Pero os oí gritar cuando Irene y yo… Bueno, parece que al profesor le pasó algo… Oí que le daba un ataque…

—Epilepsia.

Tilton se sobresaltó.

—¿Ese hombre padece…?

—Sí. Ya nos lo advirtió cuando llegamos al Cottage y nos instruyó sobre el particular. Cuando le sucede, le aplicamos una inyección y se le pasa muy pronto.

—Vaya, no hubiera supuesto… Bien, Sybil, al menos, no se puede decir que, pese a lo ocurrido, no haya resultado eficaz el método de rejuvenecimiento. Pero si yo estuviera en tu lugar, me iría de aquí inmediatamente.

—No puedo, Gareth.

—¿Por qué?

—Si me marchase ahora, perdería en pocas semanas todos los beneficios conseguidos. El profesor dice que la eficacia del tratamiento se basa precisamente en el año de duración. Es como si al final del tratamiento, se volviese a empezar a vivir a los treinta años, ¿comprendes?

Tilton asintió. No quiso decirle que, si se habían cometido crímenes en Hyrall Cottage — y, por lo menos, dos personas habían muerto asesinadas—, alguien interrumpiría muy pronto las actividades del profesor.

—Deseo que todo salga como dices —sonrió.

Sybil se puso en pie.

—Ahora me encuentro mucho mejor —dijo—. Gracias, Gareth.

La mujer se marchó. Tilton quedó en el mismo sitio, pellizcándose pensativamente el labio inferior. Si lo que Sybil le había contado era cierto, entonces resultaba que Igorov había hecho un descubrimiento sensacional. «Cuando uno llegue al medio siglo, sigue un año de tratamiento y vuelve de nuevo a los treinta años», pensó.

Igorov podía hacerse inmensamente rico…

Algo cortó bruscamente sus reflexiones. En torno a su garganta sintió el frío contacto de un cable de acero.

Durante un segundo, se sintió atacado por un pánico horroroso. Ya no podía hacer nada. Ahora, el atacante daría un terrible tirón y…

Pero el cable no se apretó. Una voz sonó inesperadamente: —Hutt, si aprieta, le volaré los sesos. Usted tiene una fuerza descomunal, pero su dura cabezota no podrá resistir el impacto de una bala calibre cuarenta y cinco.

El cable mantuvo la tensión durante unos instantes. Luego se aflojó y cayó al suelo.

Hutt soltó una risita.

—Perdone, pero sólo quería darle un susto…

—Hay bromas de muy mal gusto, que no se deben practicar jamás, Hutt —dijo Shera—, Vamos, retírese inmediatamente y vaya a su trabajo.

—Sí, señora.

El gigante se marchó. Tilton, sudando a mares, se apoyó con las dos manos en la mesa.

—Shera, ¿por qué escondes las alas? —exclamó.

—¿Alas? ¿Qué alas? —repitió ella.

—Todo ángel tiene alas, ¿no?

Shera se echó a reír y, acercándose al joven, le puso una mano en la espalda.

—Has dicho una frase muy bonita, Gareth. Gracias.

—Gracias a ti, encanto. Me has salvado la vida, pero, ¿cómo llegaste tan oportunamente?

—Vi a Kutt que entraba en el comedor furtivamente, como un malo de película de cuarta categoría. Eso me infundió sospechas y las confirmé cuando me di cuenta de que pretendía estrangularte.

—Por suerte, tenías tu pistola a mano…

—¿Pistola? —Shera se echó a reír—. Créeme, temblaba de miedo al pensar que él podía darse cuenta del truco.

Tilton se volvió rápidamente.

—¿Cómo? ¿No tienes…?

Ella le enseñó un trozo de tubo de metal brillante, cilíndrico, de

unos diez centímetros de diámetro.

—Lo encontré al barrer por ahí y me lo guardé casi sin darme cuenta. Debe de ser el resto de una varilla para cortinas…

—Pero tú tenías una pistola. Me amenazaste con ella.

—Y tú me la quitaste, recuérdalo.

—Sí, aún debe de estar en el coche…

Tilton se precipitó hacia la puerta.

—Voy a buscarla. Luego hablaremos; tengo muchas cosas que contarte.

—De acuerdo, Gareth.

Tilton salió al vestíbulo. La puerta del despacho estaba abierta y por ella salió la voz del visitante, que no parecía demasiado satisfecho por alguna razón:

—Lo siento, profesor, pero no puedo dar mi aprobación a este trato. Lo que pretende usted es inaceptable por completo y tengo que decírselo así, con toda claridad.

—Bien, señor Larkin, si ésa es su decisión, yo tengo que respetarla —contestó Igorov—. Pero no por ello dejará usted de disfrutar de la hospitalidad de mi casa, supongo. ¿O quiere marcharse ya?

Larkin vaciló un momento.

—Profesor, espere… Volveré a estudiar el asunto. Sigo pensando que es inaceptable, pero quizá haya una salida decorosa… No para mí, porque no pienso hacer nada, pero tal vez pueda aconsejarle… ¿Le parece bien?

—¡Magnífico, señor Larkin! Es usted un tipo estupendo, mucho mejor de lo que yo creía. Gracias, gracias muy sinceramente.

Tilton continuó su camino. Fue al coche y no le extrañó demasiado ver que alguien se había llevado la pistola de Shera, de la guantera en que él la había dejado.

Regresó a la casa. Igorov y Larkin salían en aquel momento del despacho, amistosamente juntos.

En aquel momento, Igorov le pareció la araña y Larkin la mosca confiada e ingenua.

Shera apareció de pronto con un cubo, la bayeta, un plumero y otros útiles de limpieza.

—¿Adónde va usted, muchacha? —preguntó Igorov.

—A limpiar, su despacho, profesor. No sé cómo puede ser tan descuidado y si, el respeto no me lo impidiera, lo calificaría aún más duramente. Ese cuarto está lleno de porquería, señor. Un hombre puede ser descuidado, pero tiene la obligación de ser limpio, señor —contestó Shera con todo desparpajo.

Igorov se sorprendió un instante, pero luego se echó a reír.

—Vámonos, amigo Larkin —dijo—. Los jóvenes de hoy día no saben qué es el respeto ni la consideración hacia sus superiores…

—La juventud actual está podrida —rezongó el visitante.

Shera se volvió cuando entraba en el despacho y dirigió al joven un alegre guiño. Tilton sonrió también.

Instantes después, se quedaba solo. Dudó un momento, pero luego, hinchando el pecho, se encaminó hacia la cocina.

* * *

Kutt estaba sentado en una silla y tenía las manos apoyadas en las rodillas. Al entrar el joven, le dirigió una mirada vacua, indecisa.

—Kutt, quiero hablar con usted —dijo Tilton resueltamente.

—Sí… —contestó el gigante con un hilo de voz.

—Usted intentó estrangularme hoy. No, no lo niegue… ni haga un movimiento extraño. —El joven metió la mano en un bolsillo—. Me ha quitado una pistola, pero tengo otra — mintió—, y le pegaré un tiro si hace un solo movimiento sospechoso. ¿Me ha entendido?

—Sí…

—Como comprenderá, no estoy dispuesto a permitirle que repita su intento. Ahora, dígame por qué lo hizo y tal vez me sienta inclinado a la comprensión.

Kutt hizo una leve mueca. De pronto, sus ojos rodaron varias veces en las órbitas. Luego, lentamente, se deslizó a un lado, cayó de costado al suelo, se estremeció y acabó por quedar boca arriba, completamente inmóvil.

Tilton, asustado, dio un salto atrás. Entonces fue cuando reparó en el diminuto puntito rojo que se veía en la blanca camisa del gigante.

Miró a su alrededor. En el fregadero vio un enorme punzón de partir hielo. Y así dedujo cómo se había producido la muerte de Kutt.

Había sido sorprendido, sin duda, de lo contrario, el atacante no habría tenido la menor posibilidad de triunfar. Kutt debía de estar sentado en la silla, cuando alguien se le acercó por detrás y descargó el golpe. El punzón había penetrado a fondo, alcanzando el corazón. Sólo su poderosa vitalidad le había permitido sobrevivir algunos minutos a un golpe irremediablemente mortal.

Al cabo de unos momentos, dio media vuelta y salió de la cocina. Igorov y el visitante charlaban animadamente en el salón. Cruzó el vestíbulo como una exhalación y entró en el despacho.

Shera se volvió en el acto.

—Ah, eres tú… Me habías asustado, Gareth.

—Lo siento. Tengo noticias.

—Yo también.

Shera sonreía con aire triunfal. Estaba junto a una pared de oscuros paneles de madera. Hizo girar uno de ellos, a unos noventa centímetros del suelo, y dejó a la vista la brillante superficie de una caja de metal.

—¡Hale, hop! —dijo, a la vez que ejecutaba una aparatosa reverencia, como si estuviera en el circo—. ¿Qué te parece, Gareth?

—Muy bien, salvo el pequeño problema de abrirla —contestó él.

—Creo que lo tengo resuelto. Habrá que buscar un pico y una barra de hierro…

—Quizá eso tenga que esperar —cortó Tilton—. Ha ocurrido algo espantoso.

—¿Qué pasa? —se alarmó Shera.

—Kutt ha sido asesinado.

Los ojos de la chica se dilataron.

—No…

Tilton hizo un movimiento con la mano.

—Ven a verlo —dijo.

La joven vaciló un instante.

—Espero que no sea una broma —dijo—. No le tengo especiales simpatías a Hutt, pero me parece que es un pobre diablo, de mente débil, que sólo hace lo que le ordenan… —Tal vez sea así, pero nunca olvidaré el momento en que me puso el cable al cuello — contestó Tilton—. Anda, ven.

Shera le siguió con los nervios en tensión. Tilton entró en la cocina casi de espaldas y se apartó a un lado.

—¿Era una broma, Shera?

La chica se había detenido en el umbral.

—Gareth —dijo suavemente—, Kutt debe de pesar más de ciento diez kilos. Me gustaría saber cómo se ha evaporado tan rápidamente esa mole de carne.

Tilton volvió la cabeza y lanzó una exclamación de asombro.

¡El cadáver de Kutt había desaparecido!

Capítulo X

Shera puso una mano en el hombro del atribulado Tilton y, comprensivamente, dijo: —Gareth, no es que vaya a dudar de lo que has visto, pero, aunque resulte duro hablar así, nosotros tenemos que hacer algo más importante. ¿Lo entiendes?

—Sí, desde luego.

—Entonces, ve al garaje y busca las herramientas que te he indicado. Luego las llevas al pie de la ventana del despacho, junto al trozo de pared en que está la caja fuerte, pero por la parte de afuera. Hay macizos de flores y podrás esconderlas sin dificultad.

—De acuerdo, Shera.

—Ah, busca también una linterna. O dos, no estará de más ser un poco previsores, ¿eh?

—Pero… Haremos ruido y, aunque sea de noche…

—Trataremos de evitarlo. Además, no nos vamos a poner a trabajar en cuanto falte la luz. Lo haremos pasada la medianoche, cuando todos duerman.

—Ojalá salga todo como dices —deseó él fervientemente.

Pero, en su interior, sabía que lo que iban a hacer era una chapuza y que no podría salir bien. Resignado, salió por la puerta de la cocina y echó a andar hacia el garaje.

Al otro lado había arbustos y creyó ver un movimiento entre el follaje, pero no se sentía muy seguro de sí mismo y pensó que podía ser el viento. Siguió avanzando y abrió la puerta.

Avanzó unos pasos. Algo chocó contra su cabeza. Era una cosa blanda y no le hizo demasiado daño. Al levantar los ojos, lanzó un chillido y dio un salto hacia atrás.

Con la mirada extraviada, contempló al cuerpo del gigante, que pendía del cable de la grúa y se movía con lentos balanceos, a la vez que giraba muy despacio. Kutt estaba sujeto por una cuerda pasada por su cintura, boca arriba, de modo que su cuerpo quedaba doblado en un fuerte ángulo, con los brazos y las piernas moviéndose fláccidamente.

Durante unos segundos, estuvo así, en la misma posición, casi sin respirar. Luego se dijo que Shera debía conocer la noticia y, en el mismo instante, sintió un fuerte dolor en la cabeza.

Sin poder evitarlo, cayó de rodillas, apoyándose en el suelo con las manos. No había perdido el conocimiento, pero estaba tan débil como

un recién nacido.

Una voz de mujer sonó detrás de él:

—¡No, Mona, no lo hagas!

—Lo ha visto. Sabe que hemos sido nosotras…

—Has sido «tú» —acusó Sybil—, Oh, no es que te lo reproche, pero ¿por qué matar a un inocente?

—¿Te has enamorado de Gareth?

—No digas tonterías. Es un chico estupendo. ¿Qué ganarías matándolo?

—Pero… podría repetirlo.

—¿Y qué? En el peor de los casos, no te condenarían a una pena demasiado larga. Kutt era un bestia y nos tenía sujetas a sus caprichos, puedes alegar. No habría jurado que no sintiese simpatía por ti, Mona créeme, sobre todo, después de que se supiera que Kutt había asesinado a Irene.

Mona gimoteó.

—Es verdad… ¡Pobre Irene! ¿Por qué tuvo que hacerlo?

De pronto, agarró un palo y golpeó un par de veces el cuerpo pendiente del cable de la grúa. Sybil agarró a su amiga por los brazos y trató de contenerla.

—Vamos, no te pongas histérica —dijo—. Será mejor que vuelvas a la casa y te tomes algo para tranquilizarte.

—Cuando el profesor se entere, se pondrá muy furioso… —vaticinó Mona.

—¿Y qué puede hacer? Además, le diremos que se ha marchado. Igorov no viene nunca por aquí. Puede que sea un gran científico, pero en cuestiones de mecánica es tan ignorante como un niño de pocos meses. ¡Ni siquiera sabe conducir automóviles!

—Bueno, quizá sea así…

—Además, tenemos que pensar en nosotras, Mona. Esto se pone cada vez peor. Ya sé que deberíamos seguir aquí otros seis meses, pero me parece que yo ya no pasaré de esta noche. Y tú, si eres sensata, te vendrás también conmigo.

—¿Cómo, Sybil? No tenemos dinero… El profesor guarda nuestros salarios en la caja fuerte…

Sybil lanzó una risita.

—Le he espiado en más de una ocasión y conozco la combinación —dijo sorprendentemente—. ¿Qué tal si limpiásemos esa «lata» a la noche y nos largásemos en el Porsche?

—Oye, no es mala idea…

—Es «muy» buena idea —recalcó Sybil—. Anda, vete y yo procuraré convencer a Gareth.

—Sí, como digas, Sybil.

Tilton se había dejado caer al suelo hacía un rato, a fin de simular una total inconsciencia y así podía escuchar sin riesgo el diálogo entre las dos mujeres. Oyó pasos que se alejaban y luego notó a Sybil inclinada sobre él.

—Gareth, Gareth…

El joven se quejó un poco, en parte de forma auténtica, y empezó a rebullir. Sybil le ayudó a sentarse en el suelo.

—Perdónanos —dijo—. No fue intención nuestra… Más bien fue un impulso que no supimos contener…

Tilton se puso una mano en la cabeza.

—Creo que sólo me golpeó una —rezongó.

—Bueno, actuábamos de acuerdo, pero sabemos que hemos hecho mal —se disculpó ella—. Lo siento, Gareth.

—Está bien, no te preocupes más. Por fortuna, no me habéis hecho lo que a ése. Con la mano, señaló hacia arriba, en dirección al cuerpo que aún pendía de la grúa. Sybil lanzó una exclamación de enojo.

—¡Se lo tenía merecido!

—¿De veras? ¿Por qué?

—Era un salvaje, un bruto… Constantemente teníamos que ceder a sus deseos… Nos quejamos al profesor, pero éste dijo que formaba parte del trato… No sé por qué a Irene, pero ésta fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso, ¿comprendes?

—¿Quién lo hizo? ¿Tú o Mona?

—¿Qué importa eso ahora, Gareth? Supongo que no irás a acusarnos, ¿verdad?

—Mujer, yo… Pero cuando el profesor se entere…

—No se enterará. A la noche lo llevaremos lejos de aquí. Igorov no viene nunca al garaje. Cuando se entere de su ausencia, le diremos que se marchó. —Sybil lanzó una risita burlona—. Y es cierto, tú.

Tilton hizo un esfuerzo y, ayudado por la mujer, consiguió ponerse en pie.

—Iré a la cocina a tomar un poco de café. Nos veremos más tarde, a la hora de la cena.

—Está bien.

—Cierra la puerta, Sybil.

—Descuida, Gareth.

Tilton emprendió el regreso con las manos vacías. Ahora sabía que no necesitaba mover un solo músculo para abrir la caja de caudales.

* * *

Shera estaba trasteando en la cocina, cuando entró él y se dirigió rectamente hacia una cafetera.

—¿Te importa que me sirva?

—Adelante —accedió la chica—. ¿Has encontrado las herramientas?

—No será necesario. Shera, Kutt está muerto.

—Eso ya lo has dicho antes —contestó ella con sorna.

—No bromeo. Está en el garaje. Las dos mujeres se lo llevaron con la grúa móvil.

Shera se volvió hacia él.

—¿De verdad, Gareth?

—Una de las dos le mató, pero no he conseguido saber cuál lo hizo. Ambas se consideran autoras del hecho, ¿comprendes?

—¿Por qué?

—Parece que Kutt les hacía objeto de determinadas acciones que no les gustaban demasiado, si te sientes capaz de entender lo que significa esto. Protestaron a Igorov, pero éste les dijo que formaba parte del trato. Sin embargo, cuando asesinó a Irene, decidieron vengarse. Y lo han cumplido.

—Me preguntó por qué mataría Kutt a Irene —murmuró ella, muy pensativa.

—Quizá lo sepamos algún día. Mientras tanto, convendría que fueses a la habitación de Kutt.

—¿Para qué, Gareth?

—Sin duda, se llevó tu pistola. La necesito.

—¿Puedo conocer los motivos? ¿O se trata de algo *top secret*?

—En absoluto. Sybil conoce la combinación de la caja. No me le dirá voluntariamente, como puedes imaginarte.

—Ahora sí lo comprendo. —Shera se quitó el delantal y se enjugó las manos—. Iré ahora mismo, Gareth.

—Me pregunto por qué estoy haciendo todas estas cosas, en lugar de largarme ahora mismo a campo través —dijo él lúgubremente—, Shera, a pesar de todo, me has caído muy simpática, pero, dime, cariño, ¿qué representa Mabel para ti?

—Es hermana de mi difunta madre.

—Oh, tu tía…

—Y, además, tutora de mi fortuna, hasta que cumpla los veintiún años, según las disposiciones testamentarias del abuelo, su padre. Los míos dejaron un pequeño capital, con el que me he ayudado para desenvolverme en la vida. Pero ella, legalmente, administra mis bienes. ¡Y no me gusta que nadie se aproveche de lo que es mío!

Tilton levantó las cejas, atónito.

—Pero ella… vive en una lujosa residencia, tiene criados, chófer…

—Oh, sí, claro, a mí costa —dijo la chica sarcásticamente—. Bueno, tampoco se puede decir que Mabel sea pobre de solemnidad, pero todo lo que tiene no alcanza ni de lejos al millón que ha entregado estúpidamente a este científico chiflado. Como tutora mía, percibe una asignación mensual… pero hay veces que su cuenta está en números rojos.

—Caramba, nunca me lo hubiera imaginado…

—Además, aunque yo no tuviera un céntimo y fuese ella la afortunada, no permitiría que la estafase el sinvergüenza de Igorov. El abuelo sabía bien lo que hacía cuando redactó su testamento. Sólo tuvo dos hijas y hubo de sobrevivir la más tonta, crédula e ingenua mujer que puedes imaginarte. Cualquiera que tenga un poco de labia, le sacará enseguida un montón de dinero… aunque, en el caso de Igorov, es preciso reconocer que ha recibido bastante a cambio. Pero ni eso es suficiente, ¿me comprendes ahora?

Tilton sonrió, avanzó hacia la muchacha y, cogiéndola por los hombros, dijo solemnemente:

—Voy a depositar un beso fraternal en tu casta frente.

Shera se ruborizó.

—Hablas bien, Gareth.

—Es una frase inicua —rió él. Hizo que la muchacha girase en redondo y luego le dio una palmada en el trasero—. Esto ya no tiene nada de fraterno ni de casto —añadió.

Ella se echó a reír.

—Volveré con la pistola —prometió.

* * *

Igorov y Larkin cruzaron el vestíbulo. Tilton estaba allí, con aire distraído, simulando contemplar uno de los cuadros que formaban parte de la decoración.

—Gareth —llamó el científico.

—¿Profesor? —Tilton se volvió, cortés.

—El señor Larkin está a punto de terminar su trabajo. Probablemente se marchará enseguida, pero me gustaría que usted se quedase aquí esta noche, para darle instrucciones con respecto a lo que tiene que decirle a la señora Wardstein.

—Estoy a sus órdenes, profesor —contestó el joven.

—Gracias, amigo mío. —Igorov se volvió hacia Larkin—. Siga y avíseme cuando haya terminado, por medio del timbre que encontrará en la mesa de trabajo y que está conectado directamente con mi laboratorio.

—Muy bien —dijo Larkin.

Tilton vio al experto en finanzas avanzar hacia el despacho. Cuando iba a entrar, Larkin sacó de su chaleco unas anticuadas antiparras de pinza, con una cinta negra, las cuales se puso en la nariz. Igorov fue hacia el piso superior y el experto en finanzas desapareció de su vista.

Shera llegó casi enseguida.

—Tengo la pistola —susurró.

Tilton alargó la mano.

—Ocúpate ahora de la cena. Y ya sabes lo que tienes que decir con respecto a Kutt.

—Descuida.

El revólver fue a parar a la pretina del pantalón. Tilton abandonó el vestíbulo y fue al salón. Había una estantería con libros, eligió uno, se sirvió una copa y, tras buscar un cómodo asiento, se dispuso a leer un rato.

Una hora más tarde, oyó el ruido del motor de un coche. Se asomó a la ventana y vio que era el de Larkin, quien abandonaba el Cottage, sin duda, terminada su labor.

—Hombre afortunado, tú puedes marcharte de aquí —suspiró.

Capítulo XI

—¡No se puede confiar en la servidumbre, ni aunque lleven años enteros con uno! — chilló Igorov, mientras Shera servía la cena—. Ese maldito Kutt se ha marchado, dejándome cuando más falta me hacía… El muy bastardo ni me avisó siquiera…

Tilton miró a las dos mujeres, situadas frente a él. Sybil y Mona cenaban con toda compostura, como si no se sintiesen afectadas por las violentas diatribas del profesor. Shera servía con gran cuidado y Tilton pensó que estaba desempeñando magníficamente su papel.

—Y, por si fuese poco, la cena… Este filete es incomestible, Shera. ¿No se ha dado cuenta de ello?

—Perdón, profesor —contestó la muchacha—. Se me contrató como criada, no como cocinera. Sé algo de guisar, claro, pero no es mi profesión…

—Está bien, disculpe. Ya aprenderá, aunque sea a costa de mi estómago —dijo Igorov con una risita—. Total, luego se toma uno una buena cucharada de bicarbonato… Eh, Gareth, ¿qué le pasa? ¿Por qué está tan callado? ¿No tiene nada que decir?

—Nada, en absoluto, profesor. Aunque… si no le importa, ¿puedo saber si podré marcharme mañana?

—Sí, seguro. Tendré ya todo listo y podrá comunicarle lo que sucede a la señora Wardstein. Mejor dicho, le llevará una carta mía y, como le prometí, recibirá mil dólares.

—Gracias, profesor.

Repentinamente, se oyó un maullido en la puerta del salón.

—«Plutón», maldito, ¿de dónde sales? —chilló Igorov—, Has estado casi dos días sin dejarte ver… Andabas de amoríos, ¿eh, pillastre?

Igorov se calló súbitamente. Tilton se puso rígido.

«Plutón» se había parado a pocos pasos de la mesa y levantaba la cabeza, maullando como si pidiese de comer. Parecía una acción enteramente natural y a nadie le hubiese extrañado, a no ser por los lentes de pinza que colgaban de su cuello por una cinta negra.

Shera vio los lentes, lo mismo que las otras dos mujeres. Ninguna, sin embargo, conocía su procedencia.

En aquel instante, Tilton supo que Larkin no se había marchado del Cottage. Alguien había usado su coche, volviendo luego sin ser visto. El automóvil habría quedado en algún lugar, difícil de ver, y Larkin…

—El señor Larkin debe de ser un tipo muy descuidado. —Igorov rompió el tenso silencio que se había producido después de la irrupción del felino—. Ven, «Plutón», acércate y te daré algo de comida…

El gato maulló de nuevo y se acercó a Igorov, quien le enseñaba un trocito de carne pinchado en su tenedor.

—Sin duda, encontró los lentes y jugando con ellos, se le pasó la cinta alrededor del cuello…

Shera y las dos mujeres contemplaban la escena sin mostrar demasiada curiosidad. De pronto, «Plutón» dio un salto y fue a caer sobre las rodillas del profesor, quien le dio el trocito de carne. Igorov le acarició el lomo, mientras el gato devoraba la carne.

Repentinamente, Igorov puso la mano izquierda en el lomo de «Plutón», cerca del cuello, y luego agarró su cabeza con la derecha. Hizo una seca torsión y desnucó al animal, que no tuvo tiempo de lanzar siquiera un maullido de queja.

«Plutón» pateó un poco. Igorov, convertido ahora en una furia humana, lanzó al animal hacia la puerta.

—¡Shera, llévese esa bestia inmunda! —gritó—. Estaba harto de ese maldito gato, ¿me oyen todos?

Igorov parecía poseído por la locura. Se había puesto en pie y sus ojos brillaban demoniacamente.

—¡Haga lo que le ordeno, Shera! —aulló.

—Sí, sí… señor… —contestó la muchacha, no menos aterrada que Sybil y Mona.

Venciendo su repugnancia, Shera recogió el inmóvil cuerpo del felino y huyó del salón. Tilton observó que Igorov se había quedado con los lentes de Larkin.

—Tengo trabajo —dijo el profesor secamente—. He de elaborar una nueva dosis de la droga del tratamiento que siguen ustedes dos. Les llamaré cuando esté listo.

—Sí, profesor —contestaron Sybil y Mona a dúo.

Igorov se marchó. Tilton llenó su copa.

—Será mejor que bebáis un poco de vino —indicó—. Y, si me permiten un consejo, no toméis nada que os pueda dar el profesor. — Yo sólo beberé agua del grifo —prometió Mona.

—¡Dios, qué hombre tan cruel! —exclamó Sybil—. ¿Cómo pueden existir seres tan desprovistos de piedad? «Plutón» tenía muchos defectos, era sinvergüenza, aprovechado, un poco canalla, pero también era cariñoso y… sobre todo, una bestia que no merecía morir…

Sybil se echó a llorar de pronto. Tilton se limpió los labios con la servilleta, se levantó y salió sin decir nada.

Shera también lloraba en la cocina. Encima de una mesa había un pequeño bulto, cubierto con un paño a cuadros.

Tilton pasó el brazo por los hombros de la muchacha.

—Procura tranquilizarte —murmuró.

Ella hipó un par de veces.

—Dios mío, no sé por qué he hecho semejante salvajada…

—Estaba furioso, simplemente.

—Furioso. ¿Por qué, Gareth?

—Todos creíamos que Larkin se había marchado y «Plutón» apareció de pronto con sus lentes. Probablemente, ni tú ni las otras concedisteis importancia al incidente, pero Igorov sí sabía que yo conocía al dueño de esos lentes y que no se habría marchado de aquí sin ellos. Por tanto, la ira le enloqueció… y acabó con el gato.

—Entonces, Larkin está todavía aquí.

—Sí, pero no vivo.

Shera se estremeció.

—Gareth, tenemos que acabar con estos horribles crímenes…

Tilton fue hacia la mesa de la cocina y cogió el inmóvil bulto oculto por el paño de colores.

—Voy a enterrarlo —anunció—. Procuraré ser breve. No te muevas de aquí para nada.

—Descuida, Gareth.

* * *

Tilton regresó a la casa, dio unas breves instrucciones a la muchacha y luego, sin hacer el menor ruido, subió al primer piso.

Pisando de puntillas, se acercó a la puerta del laboratorio. Ni siquiera quiso entrar. Llevaba en la mano un trozo de cordel, con el que pensaba atar los dos pomos de ambas hojas de la puerta, pero vio la llave y la hizo girar muy lentamente. No obstante, Igorov podría abrir, soltando los pestillos de la otra hoja, por lo que ejecutó el plan primeramente ideado, para mayor seguridad.

Cuando terminó, fue a la habitación de Sybil y abrió sin molestarse en llamar. Sybil y Mona conversaban en voz baja, y se volvieron sobresaltadas al verle aparecer tan súbitamente.

—¡Gareth! ¿Qué es lo que buscas? —exclamó la primera.

Tilton sacó el revólver. No tenía la menor intención de utilizarlo, pero sabía que era un buen método de intimidación.

—Sybil, tú conoces la combinación de la caja fuerte —dijo.

Mona entornó los ojos.

—De modo que es eso —murmuró.

—Un ladrón de guante blanco —añadió la otra un tanto sarcásticamente.

—Nada de eso —contradijo el joven—. Os voy a decir la verdad y tanto si me creéis como si no, he de conseguir la combinación de la caja fuerte. Hay en ella documentos por valor de un millón de dólares, que una mujer tonta, pero también desaprensiva, ha entregado al profesor. Debo recobrarlos, eso es todo.

—Vaya, resultará ahora que eres un detective privado —exclamó Mona.

Tilton agarró feliz la ocasión que le servían en bandeja.

—Algo por el estilo —dijo cautamente.

Sybil se puso en pie.

—Nosotras también queremos abrir la caja fuerte —manifestó—. Nuestros salarios de seis meses están ahí. Sabemos que el tratamiento debe prolongarse otro medio año más, pero no estamos dispuestas a correr el riesgo de acabar como la pobre Irene. —O como el hombre que disfrutaba viendo a tres hermosas mujeres vistiéndose o desvistiéndose, o como… En fin, no sigamos más. ¿Debo suponer que estáis de acuerdo conmigo en «limpiar» la caja?

—Desde luego —confirmó Mona.

—Siento haberos asustado —dijo el joven—, Pero pensé que podríais estar del lado de Igorov…

—No digas tonterías, Gareth —contestó Sybil—. Hemos sido sus conejillos de Indias y, a decir verdad, nos ha ido bien, pero no tenemos intención de seguir aquí ni un minuto más de lo necesario.

—Muy bien, entonces, no perdamos más tiempo.

Descendieron al vestíbulo. Shera aguardaba ya junto a la puerta del despacho.

—Ella es la dueña del millón —señaló Tilton.

—Tan joven —se admiró Mona.

—Yo daría cien veces por ser como ella —suspiró Sybil.

—Vamos, vamos…

Tilton empujó a las tres mujeres al interior del despacho. Shera abrió el panel de la caja fuerte y el joven se dispuso a maniobrar en la rueda de la combinación, que Sybil le fue dictando sucesivamente.

—Sólo faltaría que al profesor se le ocurriese aparecer ahora —dijo Mona, cuando vio que Tilton estaba a punto de culminar su labor.

—Lo tengo encerrado en su laboratorio —contestó el joven.

Hizo girar la manija, se oyó un chasquido, tiró de la puerta y dejó al descubierto el interior de la caja fuerte. Sonriente, contempló a las tres mujeres, que formaban semicírculo a su alrededor.

—Shera, te toca el primer turno —invitó.

Pero en los tres rostros no había alegría, sino un terror absoluto, el espanto total, que sólo podía ser causado por una visión indescriptible. De súbito, Mona lanzó un agudísimo chillido, se tapó la cara con las manos y retrocedió, tambaleándose como si estuviese borracha.

Sybil se inclinó, agarrándose el estómago con las dos manos. Shera estaba rígida, con todos los músculos en tensión, al borde de un ataque de histerismo.

Tilton volvió la cabeza y dio un salto. Durante unos segundos, creyó que soñaba.

—Horrible, horrible… —comentó, al ver la cabeza de Irene, con los ojos cerrados, encima de una bandeja de plata.

* * *

Las tres mujeres estaban desparramadas en sendos butacones. Tilton les sirvió de beber y, poco a poco, empezaron a dar síntomas de encontrarse un poco mejor.

—Estoy segura de que ese maldito bastardo nos oyó de alguna forma, —dijo Sybil—.

Por eso nos gastó esa broma…

—Una cabeza, separada de su cuerpo, no es ninguna broma —alegó el joven.

Mona bebió su copa de un trago y la volvió a llenar. Sus ojos brillaban con extraña ferocidad.

—Sybil, no sé qué piensas hacer, pero yo ya he tomado una decisión —exclamó.

—Hay dos coches. Podemos largamos —apuntó Shera.

—Esperad unos momentos —pidió Tilton.

Abandonó el salón, adonde se habían retirado, y volvió al despacho. Minutos más tarde, regresó con las manos llenas de papeles.

—Shera, aquí tienes lo que es tuyo —dijo—. Estoy seguro de que Igorov mató a Larkin, porque éste no quiso plegarse a sus deseos. El cadáver estará en alguna parte; ahora no tiene a Kutt para que se lo entierre.

Shera tomó el sobre. Tilton se volvió hacia las otras dos y les entregó sendos sobres, algo más pequeños, y bastante abultados.

—Había dinero en la caja, más del que os pertenece, pero creo que es vuestro por lo que habéis estado pasando aquí —añadió—. Calculo que cada una tendrá alrededor de veinte mil dólares.

—Gracias, Gareth —contestó Sybil—. Nos vendrá bien para iniciar una nueva vida.

—Yo pondré algún negocio… —dijo Mona.

Tilton se volvió hacia la muchacha.

—Ahora tendrás que ser muy elocuente —sonrió—. Te costará mucho convencer a Mabel de que las cosas no han salido como esperaba.

—Hablaremos claro de una vez —dijo la chica—. Nunca quiso escucharme, pero ahora tendrá que oírme, le guste o no. Tiene mucho miedo a la publicidad y si no deja que me busque otro tutor, armaré un escándalo monumental. De todos modos, cederá, no te preocupes.

—Eso es cosa tuya, aunque, si necesitas mi ayuda, puedes pedirme lo que sea; haré todo lo que quieras con mucho gusto.

—Gracias —contestó la muchacha—. Y ahora, ¿qué hacemos, Gareth? —Es preciso ir a Artmore y contar lo que ha pasado. Sybil y Mona se miraron, inquietas.

—Kutt ha muerto… —dijo la primera.

—La que lo hizo, actuó en legítima defensa.

Sybil sonrió. Tilton añadió:

—Seré vuestro testigo.

—Lo dudo mucho —sonó de pronto la voz de Igorov.

Capítulo XII

Shera lanzó un chillido de susto. Tilton se volvió hacia la puerta.

—Profesor…

Igorov soltó una risita.

—Hay una vía de comunicación entre el laboratorio y el despacho —dijo, muy divertido con el asombro que mostraban sus oyentes—. Y no sólo se puede usar para subir y bajar sin ser visto, sino también para escuchar lo que se dice en una habitación, cuando el oyente está en la otra, o viceversa.

—De modo que lo sabe todo —exclamó Tilton.

—No le quepa la menor duda, muchacho. Y, como comprenderá, no voy a permitir que se vayan con las manos limpias, para ir contando a todo el mundo lo que ha pasado en el Cottage.

—Sí, la policía le haría muchas preguntas si lo supiese —convino el joven.

—Pero como no lo saben… ¿Quién se va a preocupar por un despreciable sujeto como Liggs, al que apenas nadie miraba ya en el pueblo, a causa de sus inconfesables aficiones?

De Irene puedo decir lo mismo; no tiene a nadie que la eche de menos. —Olvida a Larkin, profesor.

—Tardarán un poco en echarle de menos. Para entonces, yo estaré muy lejos.

Tilton contempló la enorme pistola que brillaba en la mano derecha de Igorov. Él tenía el revólver de Shera, pero estaba claro que no tendría tiempo de sacarlo.

—Es usted fácil de identificar…

Igorov volvió a reír.

—He estado experimentando en mí mismo el método de rejuvenecimiento y puedo seguir haciéndolo indefinidamente —contestó—. Las canas son artificiales y… ¿no se ha fijado usted en mi cara? Aparento sesenta años, pero está lisa, sin arrugas. Con el pelo completo, negro, otros lentes y una barbita, por ejemplo, ¿quién me reconocerá? Además, he estado preparándome desde hacía tiempo. Tengo una documentación completa con otro nombre; incluso cuenta bancaria bajo esa distinta personalidad. ¿Cree usted que me encontrarán?

—Según lo pinta usted, no. Pero aquí estamos cuatro personas vivas…

—Por poco tiempo.

Hubo un profundo silencio después de la última frase de Igorov, cuyo siniestro significado no escapó, a ninguno de los presentes.

Mona lanzó un gemido de terror y se escondió la cara en las manos. Sybil parecía más resuelta.

Tilton pasó el brazo por el hombro de Shera y la atrajo hacia sí. Dejó la mano derecha libre, para utilizar el revólver en el momento necesario, porque no pensaba dejarse matar como un conejo.

—Profesor, ¿era necesario que matase a esa pobre gente para realizar sus investigaciones? —preguntó al cabo.

—En parte, sí. Necesitaba tejidos humanos de determinadas regiones anatómicas para que formasen parte de la composición de mi tratamiento.

—Tejidos vivos, claro.

—Tenían que proceder de un cuerpo que hubiese estado vivo un mínimo de veinticuatro horas antes. Un tiempo superior convertía ya esos elementos en algo inútil. —Y, ¿era preciso que cortase la cabeza también a sus víctimas? Igorov rió de nuevo.

—Bueno, una cabeza humana siempre resulta más manejable separada de su cuerpo — contestó cínicamente.

—También era necesario, supongo, que guardase la de Irene en la caja de caudales. —Era el toque artístico. Sabía que querían abrirla y no se la impedí, pero me divertí mucho pensando en la cara que pondrían cuando la viesen.

—Pero cometió usted un error.

—¿Si? ¿Dígame, Gareth?

—Creyó que nos asustaríamos y echaríamos a correr como chiquillos. En cierto modo, ha sido así, pero yo he vuelto y he conseguido recobrar algo que no le pertenece, por mucho que usted alegue lo contrario. Me refiero, naturalmente, a los valores financieros que le envió la señora Wardstein.

—¡Son míos! —protestó Igorov con un agudo chillido.

—Nada de eso —terció Shera repentinamente—. La señora Wardstein actuó sin tener derecho legal para ello y, si usted los hubiese conservado, Yo se los habría reclamado judicialmente. Me pertenecen a mí, ¿lo entiende?

—Así es, profesor —corroboró el joven con amplia sonrisa.

Igorov parecía aturdido. El joven, implacable, agregó:

—Además, había cierta cantidad de dinero en la caja fuerte. No resultó agradable mover la cabeza de Irene, pero lo saqué y se lo entregué a las personas a quienes realmente pertenece.

—No se lo llevarán —dijo Igorov torvamente.

Levantó un poco el arma. Tilton hizo una señal silenciosa con la

mano en el hombro de la muchacha.

—Shera, tú sabías que el profesor tenía una pistola, ¿verdad? —dijo.

—Sí, Gareth.

—Y, siguiendo mis instrucciones, le cegaste el cañón, ¿no es cierto?

—En efecto, así lo hice.

—Profesor, si aprieta el gatillo, el arma reventará y le destrozará la cara —dijo el joven muy serio.

Igorov vaciló. Tilton parecía estar seguro de lo que decía y no ignoraba las consecuencias que podían derivarse de un disparo hecho con el cañón del arma taponado. Tilton apreció la duda en su expresión.

«En cuanto le vea vacilar, saltaré sobre él y…»

Pero no tuvo tiempo de aprovecharse de su argucia. Inesperadamente, alguien apareció en escena.

Las mujeres le vieron y empezaron a chillar enloquecidamente. Tilton creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.

—No puede ser… Está muerto…

Shera empezó a temblar. Igorov se volvió.

—¡Kutt! —aulló—. ¡Por todos los diablos! ¿Dónde te habías metido?

El aspecto del gigante era horrible. Tilton no comprendía cómo había podido sobrevivir a aquel mortífero pinchazo. Tal vez, pensó, el punzón no había alcanzado la víscera cardíaca, pero el golpe le había hecho perder el conocimiento durante largas horas…

También parecía haber perdido algo más: la razón. Kutt tenía un horrible brillo en los ojos y parecía loco de remate.

—Usted me prometió… que me haría más joven… y agradable… —dijo con voz casi mecánica—. Nunca lo hizo… y ahora pensaba marcharse… y dejarme abandonado…

—Escucha, Kutt, seamos personas decentes… Hablemos tranquilamente, ¿eh? No sé qué has hecho ni dónde has estado hasta ahora, pero te lo perdono y… Hoy mismo podemos iniciar el tratamiento…

El temible cable de acero salió a relucir. Igorov lanzó un ahogado gemido cuando el fino hilo metálico se enroscó en su cuello.

Kutt dio un terrible tirón y el cuerpo de Igorov se convulsionó horriblemente. Los ojos miraron hacia arriba y, al esconderse las pupilas en las cuencas, quedó visible solamente el blanco del globo ocular. La pierna izquierda empezó a agitarse espasmódicamente, soltando patadas a un balón invisible.

El brazo derecho sufrió también una serie de violentísimas

sacudidas. Kutt aflojó un poco y volvió a dar un segundo y más fuerte tirón.

La pistola se elevó y vomitó un fogonazo a pocos centímetros del pecho de Kutt, quien se estremeció horriblemente. Los dos hombres permanecieron en pie durante unos segundos, un espacio de tiempo que a todos se hizo interminable, y luego, lentamente, cayeron al suelo y se quedaron quietos.

Tilton llevó a Shera a una butaca. Sybil y la otra gemían y sollozaban histéricamente.

—No miréis —ordenó.

Agarró una cortina y la arrancó de un fuerte tirón. Cuando se acercaba a los dos cadáveres, contempló el pecho de Kutt, parcialmente al descubierto. Por una increíble coincidencia, la bala había entrado exactamente por el mismo sitio que el punzón. Pero esta vez, se dijo, no se trataba de un hierro de tres o cuatro milímetros de grueso, tal vez torpemente manejado por una mano nerviosa, sino de una bala calibre cuarenta y cinco.

Kutt, ya debilitado, no había podido resistir el impacto de aquel pesado proyectil.

Cubrió los dos cuerpos y se acercó a Shera.

—Tengo que llamar a la policía —dijo.

Ella hizo un leve pestañeo de asentimiento. Tilton le acarició la mejilla con suavidad.

—Anímate, ya ha acabado todo —añadió—. Sybil, Mona: Kutt y el profesor se mataron recíprocamente. A Kutt no le atacó nadie con un punzón, ¿entendido?

Las dos mujeres asintieron. Sybil trató de sonreír.

—Gracias, Gareth.

El joven hizo un gesto con la mano y se encaminó en busca del teléfono.

* * *

—Lo has sabido hacer muy bien, Gareth.

Tilton, sobresaltado, se volvió. Alguien le había hablado desde la puerta del baño.

Estaba afeitándose y tendría que haber visto al intruso a través del espejo, pero no había sabido nada hasta que oyó su voz.

—¡Paddy! —exclamó—. ¿De dónde diablos sales?

Paddy soltó una risita.

—Haces unas preguntas… en una forma…

—Dijiste que no volverías a verme.

—No lo aseguré rotundamente.

—Bueno, si traes otra vez tu maldita cajita, no me tentarás…

—No he venido a tentarte, Gareth.

Tilton desconectó la maquinilla de afeitar.

—Te escucharé mientras tomo un poco de café —dijo—. Es decir, si puedes tomar café… —No, gracias; me da ardor de estómago.

—¿A ti? —rió el joven—. Yo creí que tomabas combinados de lava ardiente con crema de azufre…

—Vamos, vamos, no seas sarcástico. En mi forma actual, estoy sujeto a muchas debilidades.

—¿Quién lo hubiera dicho?

Tilton fue a la cocina y llenó una taza. Paddy se apoyó en una de las jambas de la puerta.

—Lo pasaste mal en Hyrall Cottage, ¿eh?

—Puesto que eres quien eres, no me extraña que lo sepas —contestó Tilton calmosamente—. Sí, hubo veces en que pasé auténtico miedo—. Miró de reojo a su visitante—. Claro que podría habérmelo evitado, si hubiese apretado el botón… —Pero no lo hiciste. Y ésa fue tu recompensa, mejor dicho, la recibirás dentro de unos instantes.

—¿De veras?

—Hablo en serio, Gareth. Muy pocos han resistido a la tentación y luego siempre han salido ganadores. Por ejemplo, Igorov fue uno de los que apretó el botón.

—Y le diste veinticinco mil dólares.

—Eso pasó hace casi treinta años. Es preciso tener en cuenta la depreciación de la moneda… Entonces, diez mil dólares eran mucho más que ahora veinticinco mil.

—Claro, claro —dijo Tilton con sorna.

—Pero, a la larga, el que acepta, tiene que pagarlo.

—Y el que rechaza la tentación…

—Lo pasa mal algún tiempo, pero luego recibe su recompensa.

—¿No estarás burlándote de mí, Paddy?

—Lo sabrás muy pronto. Eres un hombre verdaderamente admirable. Incluso supiste resistir mi segundo «ataque».

—Ah, la pesadilla —adivinó el joven—. ¿Fue cosa tuya?

—Sí,

—Me pusiste aquella sustancia alucinógena…

—Pezuña de macho cabrío molida a la luz de la luna, una pizca de azufre, dos colmillos de serpiente, también molidos, la cabeza de un sapo y la uña de un escorpión…

—¡Basta, no sigas! —pidió Tilton, muy pálido.

Paddy se echó a reír.

—Ahora es cuando, verdaderamente, nos despedimos para siempre. Aunque fuese en la tierra, pasaste un pequeño purgatorio. Lo que va a venir para ti es el cielo. No está bien que lo diga yo, pero cuando me encuentro con un tipo como tú, debo ser sincero. —Paddy, si he de creerte, vas por ahí, probando a la gente… Una especie de caballero andante… Tu conducta no parece muy apropiada para un demonio.

—¿Cómo que no? Nuestra obligación es tener a los humanos. Pero también sabemos recompensar a los que son verdaderamente fuertes. No olvides que, hace una infinidad, fuimos ángeles.

—Paddy, no sé quién dijo, una vez, que un diablo no es sino un ángel enfermo. Me gustaría que te curases algún día.

—¿Quién sabe? —Paddy sonrió—. Adiós, Gareth.

El joven se quedó solo inexplicablemente. Se preguntó si habría estado soñando. Había cosas que no tenían sentido, si se miraban con ojos humanos. Él debía contemplar aquel diálogo desde un punto de vista muy distinto.

Repentinamente, sonó una voz fresca y juvenil:

—¡Eh, Gareth! ¿Estás ahí?

—¡Shera!

La muchacha apareció ante sus ojos, lozana, resplandeciente.

—Gareth, eres un tipo antipático… Semanas enteras sin dar señales de vida, sir» llamarme por teléfono ni una sola vez… —le reprochó ella.

—Bueno, tus apuros ya terminaron y yo ya no tenía nada que hacer contigo —se defendió él.

—Sí, pero, acordamos seguir viéndonos…

—Shera, tú eres… lo que eres. Compréndelo, nena.

Ella se le acercó hasta casi rozarle el pecho con sus senos firmes y juveniles.

—Gareth Tilton, ¿qué planes tienes? —inquirió.

—Bueno, tengo trabajo de nuevo. El jefe reconoció su error y me llamó hace pocos días. Dijo que había realizado mi plan y que salió maravillosamente, y que me pedía disculpas… Quiere que vuelva a mí puesto y me sube el sueldo un treinta por ciento…

—Y, ¿nada más?

—Es bastante, ¿no?

—Para ti, sí. ¿Y yo?

—Shera, ¿qué quieres decir?

—¿Es que no sabes verlo, tonto?

El joven meditó unos segundos. Luego la miró penetrantemente.

—Shera, ¿saldrá bien?

—Por mi parte, lo garantizo —contestó ella con firme acento.

—¿Qué dirá Mabel?

—¡Al diablo con Mabel! La he puesto en su sitio y ahora está mansa como un gatito recién nacido…

Shera se interrumpió de pronto y se puso seria.

—Pobre «Plutón» —murmuró.

Tilton rodeó su cintura con los brazos.

—Aquello ya pasó, cariño.

—Sí —suspiró la chica.

—Shera, he tenido noticias de Sybil y de Mona. Han superado lo que les pasó y son felices.

—Lo celebro. Pero, ¿por qué no hablamos de nosotros?

—¿De nuestro futuro?

—Claro, amor mío.

Tilton sonrió.

—Hablaremos durante muchos, muchos años… —Inspiró con fuerza—. Cuando estaba en el Cottage, pensé en más de una ocasión que habla viajado con el diablo hasta allí.

—Igorov viajó con él durante muchos años, Gareth.

—Sí, es cierto.

El joven cerró los ojos un instante. No, no había soñado; Paddy había estado con él minutos antes. ¿No le habla dicho que dentro de pocos momentos estaría en el cielo?

Sonrió tiernamente y volvió a mirar a la muchacha.

—Diré al jefe que acepto el empleo, pero que necesito dos semanas para la luna de miel —dijo—. No tengo vocación dé parásito, Shera.

—Me encanta oírte hablar así, querido. Pero dos semanas, me parece poco.

—Bueno, tres… De todas formas, vamos a estar juntos toda la vida.

—Sí, es cierto —dijo ella dulcemente.

FIN



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.